

BIBLIOTECA ANTEO

Serie: Problemas Contemporáneos

1. **JOSE DIAZ**, ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana, por VICTORIO CODOVILLA.
2. **EL FASCISMO** lleva a Italia a la catástrofe. (La aventura de Mussolini en su guerra contra la U. R.S.S.), por M. ERCOLI.

Reimpreso en Buenos Aires en Junio de 1942

VICTORIO CODOVILLA

JOSE DIAZ

EJEMPLO DE DIRIGENTE OBRERO Y POPULAR
DE LA EPOCA STALINIANA

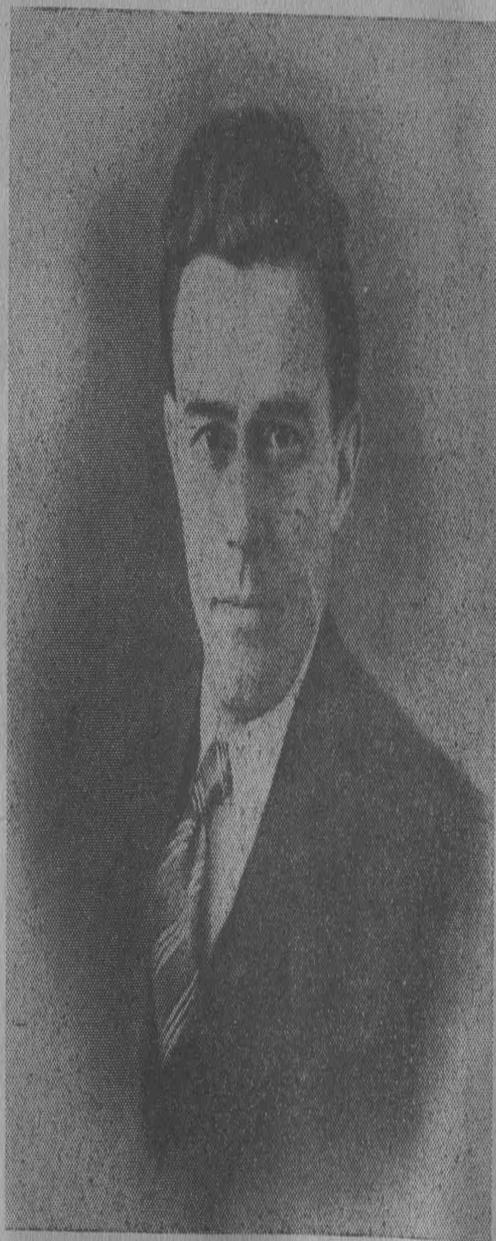
Artículo escrito especialmente para la revista "Nuestra Bandera", con motivo de la muerte de José Díaz.



EDITORIAL ANTEO
Buenos Aires

JOSE DIAZ

1896 - 1942



Secretario General del Partido Comunista de España

JOSE DIAZ, EJEMPLO DE DIRIGENTE OBRERO Y POPULAR DE LA EPOCA STALINIANA

"El Partido ha forjado hombres tan maravillosos, stalinistas tan firmes como José Díaz y Dolores Ibaruri..."

MANUILSKY

Escribir sobre la actividad política y social, sobre las enseñanzas dejadas por ese gran Jefe proletario y popular que fué José Díaz, no es tarea fácil de realizar dentro del marco limitado de un artículo. José Díaz surgió del seno de la clase obrera, de la clase más progresista de la sociedad actual, fuerza motriz y dirigente de las luchas de los pueblos por su libertad e independencia nacional. Por éso, la vida y la actividad dirigente de Díaz están tan estrechamente entrelazadas con los acontecimientos políticos y sociales más sobresalientes de la España contemporánea —desde la época de las luchas obreras y populares contra la dictadura militar-fascista de Primo de Rivera, a través de la lucha por la instauración, consolidación y desarrollo de la República democrática, de su preservación contra los embates de la reacción, hasta la grandiosa epopeya del pueblo español en defensa de la libertad y de la independencia nacional contra los vende-patria franquistas y contra sus amos hitleristas— que no es posible escribir sobre José Díaz sin hacer referencia a esos hechos históricos.

La actividad política y social de Díaz se destaca en los períodos más álgidos de las luchas que la clase obrera y el pueblo español libraron contra la España

militar-feudal y contra las hordas fascistas empeñadas en impedir que ese país marchase por caminos de progreso y de libertad, al mismo ritmo y nivel alcanzado por toda la humanidad civilizada y progresista. En los momentos decisivos de esa lucha histórica, la España proletaria y popular encontró en Pepe Díaz y Dolores Ibarruri (Pasionaria) sus mejores adalides. Esa España que asombró al mundo durante la guerra civil y la invasión fascista extranjera con su energía combativa, su heroísmo y su capacidad organizativa en el terreno económico, político, social y militar, es la misma España que hoy —vencida, pero no dominada— continúa luchando inspirada en el ejemplo de sus grandes dirigentes y del Partido que los educó; es la misma España que hoy se mueve, se agita, se reagrupa y se reorganiza bajo la bandera de la Unión Nacional y, con su acción, impide la consolidación del régimen de esclavitud franquista. A pesar de sufrir un terror bestial, propio del salvajismo fascista, el pueblo español se mantiene irreductible ante el “nuevo régimen”. Al mismo tiempo que lucha para impedir la consolidación del franquismo, sigue con ansia las alternativas de la lucha en los frentes de batalla —particularmente en el frente soviético— y se propone aprovechar las coyunturas favorables que se le presenten en el orden nacional e internacional, para reanudar la lucha armada interrumpida trágicamente hace tres años, arrojar del suelo patrio a los invasores fascistas y ajustar las cuentas a los vende-patria franquistas.

La combatividad, el espíritu de sacrificio, el heroísmo ejemplar de que han dado y dan muestras la clase obrera y el pueblo de España no son casuales. Ese temple fué forjado a través de las luchas libradas —en diversos terrenos y bajo distintas condiciones— contra la reacción y el fascismo. Es el resultado de las ense-

ñanzas que la clase obrera y el pueblo han recibido del Partido Comunista y de sus dirigentes más esclarecidos, José Díaz y Pasionaria. Es el fruto de su política consecuente de unidad obrera y popular, de Unión Nacional, que tan poderosamente contribuyó a crear las condiciones para que las hordas fascistas chocaran en España, por primera vez, con la enérgica resistencia armada de un pueblo que —a pesar de encontrarse semi-desarmado, traicionado por los vende-patria de adentro y abandonado por los gobiernos de países democráticos que tenían el deber de ayudarlo— les hizo frente durante casi tres años, a fuerza de arrojo y de heroísmo, con la ayuda de la URSS y la solidaridad de los pueblos, demostrando al mundo como se puede detener el avance del fascismo cuando existe la voluntad férrea de luchar y de vencer.

La experiencia española es tan rica en ejemplos dignos de imitarse, que todos los demócratas y patriotas, todos los que luchan por la libertad y la independencia de los pueblos, harían bien en estudiarla, seguros de que tendrán algo que aprender de ella. Las enseñanzas que dejó José Díaz a la clase obrera y al pueblo español, son válidas no solamente para España sino para todos los pueblos. Particularmente lo son para los pueblos de América Latina, que hoy se ven abocados al problema urgente de organizar la defensa de su libertad y de la independencia nacional, amenazadas desde dentro por la Quinta Columna y desde fuera por las potencias agresoras del Eje fascista, con el agravante de que, en muchos casos, deben afrontar la hostilidad y el sabotaje de gobiernos oligárquicos que, antes que el triunfo de su pueblo, prefieren la esclavitud de su Patria.

Por ser útiles al pueblo argentino y a otros pueblos, es un deber comunista, proletario y patriótico di-

fundir las enseñanzas que dejó José Díaz, y hacer conocer su vida ejemplar, consagrada por entera a la defensa de los intereses de su clase, de su pueblo y de su Patria.

I

DÍAZ DIRIGENTE PROLETARIO Y POPULAR DE NUEVO TIPO

Los rasgos sobresalientes de José Díaz, de ese obrero sevillano educado en el Partido de los comunistas, son los de un jefe obrero y popular de extraordinaria inteligencia, de gran sensibilidad política, con sólidos conocimientos teóricos adquiridos por el estudio y en el fragor del combate, dotado de un espíritu práctico y realizador, de una capacidad de organización demostrada en todos los terrenos: económico, político, social y militar; todo lo cual, unido a una modestia innata y a un hondo sentimiento de compañerismo, determinaba en cuantos tuvieron la suerte de conocerle, admiración y cariño personal, y respeto y adhesión a la causa por él defendida.

José Díaz representa un nuevo tipo de dirigente, propio de la época stalinista. Fué un dirigente proletario y popular de nuevo tipo, que solo ha podido y puede surgir y desarrollarse rápidamente en una época en que, gracias a la asimilación de la teoría marxista-leninista y de las experiencias vivas teórico-prácticas del stalinismo, el Partido de vanguardia de la clase obrera está en condiciones de elevar el grado de conciencia y la madurez política del proletariado a una altura que le permite compenetrarse hondamente de su misión histórica como abanderado, organizador y dirigente de

la lucha en defensa de los intereses vitales de todo el pueblo y de toda la Nación. La clase obrera produce este nuevo tipo de dirigente político en un momento crucial de la historia de la humanidad, en que le corresponde a ella, como la clase más progresista de la sociedad, ponerse a la cabeza de todo el pueblo para liquidar los elementos de descomposición y de regresión engendrados en el seno de la sociedad capitalista —cuya expresión más descarnada y bestial es el fascismo— a fin de que la humanidad pueda continuar su marcha ascendente. La fe que José Díaz inspiraba a la clase obrera y al pueblo español, provenía del hecho de que supo demostrar en la práctica, su temple stalinista, firme como una roca, “refractario a todo pánico, a toda sombra de pánico, cuando las cosas empiezan a complicarse y en el horizonte se vislumbra algún peligro” (Stalin). José Díaz unía a la firmeza de principios, la flexibilidad en la táctica; al entusiasmo revolucionario, el realismo para determinar el momento de la acción; al espíritu de sacrificio y de abnegación, la voluntad de luchar y de vencer en el combate a las fuerzas de la regresión y de la barbarie fascista, de hacer triunfar a las fuerzas de la civilización y del progreso.

¿Cómo ha podido surgir y desarrollarse tan rápidamente un líder de esta envergadura en un país como España, donde el proceso de desarrollo del capitalismo ha sido trabado y retrasado por las fuerzas de la reacción y del feudalismo, y donde, por consiguiente, la clase obrera ha sido menos numerosa y menos educada políticamente que en los países de alto desarrollo capitalista? El hecho tiene una explicación precisa. Si un hombre como José Díaz ha podido, en un período tan breve (al caer la monarquía Díaz no era todavía un dirigente conocido nacionalmente), convertirse en el líder nacional de la clase obrera y del pueblo español —

rebasando las fronteras nacionales para transformarse en un líder mundial de la clase obrera y de todos los abanderados de la causa antifascista— ésto se explica por el hecho de que España ha conocido, en un corto espacio de tiempo, una variedad de situaciones políticas como no las ha conocido otro país del mundo capitalista. Los militantes de la clase obrera española y de su partido de vanguardia, el Partido Comunista, han pasado por la escuela de la clandestinidad; han dirigido grandes movimientos económicos, políticos y sociales de carácter popular en condiciones de ilegalidad o de semi-legalidad; han pasado por la escuela de la guerra civil, de la guerra contra la invasión de las potencias fascistas; y en la lucha por la libertad y la independencia nacional, han pasado de la ilegalidad a la legalidad completa, actuando desde el llano y desde el poder.

LAS LUCHAS DEL PUEBLO ESPAÑOL POR LA REPUBLICA DEMOCRATICA

De la dictadura militar-fascista de Primo de Rivera —dictadura ejercida en beneficio de los grandes terratenientes y de la gran burguesía industrial y financiera— España pasó por un período de semi-dictadura ejercida por los gobiernos de Berenguer y de Aznar (1930-31), cuyo propósito fué apuntalar, mediante concesiones de carácter político, el tambaleante poder de la monarquía. El movimiento popular, las luchas de la clase obrera y del pueblo en defensa de sus intereses económicos, políticos y sociales, los conatos de insurrección contra la dictadura militar-fascista realizados por los sectores republicanos del Ejército, no sólo impidieron la consolidación del poder de la monarquía, sino que lo hicieron tambalear cada vez más hasta hacerlo caer. La República proclamada el 14 de Abril de

1931 fué el resultado de la acción revolucionaria de la clase obrera y del pueblo. Sin embargo, por el insuficiente grado de conciencia política y de organización del proletariado, su partido de vanguardia no pudo jugar el papel decisivo que le correspondía jugar en esa situación. En consecuencia, la burguesía industrial, agraria, comercial y financiera se adueñó del poder. Bajo la presión de las masas, el Gobierno republicano-socialista dió al pueblo una constitución progresista, propia de un país en que la revolución democrático-burguesa estaba en vías de realización. Tomó algunas medidas contra los causantes del estado de atraso económico del país, y de la miseria en que habían sumido al pueblo español. Realizó algunas reformas de carácter económico, político y social que beneficiaron al pueblo. Pero, en la medida en que transcurría el tiempo, en la medida en que el pueblo adquiría una mayor conciencia política y exigía la puesta en práctica de medidas tendientes al desarrollo de la revolución democrático-burguesa, el gobierno republicano-socialista frenó y reprimió el movimiento obrero y popular; en cambio, permitió que la parte más reaccionaria de la burguesía republicana estableciese compromisos de colaboración con los reaccionarios pro-fascistas desalojados del poder por el advenimiento de la República. Con ello, consciente o inconscientemente, el gobierno republicano-socialista allanó el camino a los actos de agresión de que los reaccionarios y fascistas hicieron víctima al pueblo español, repetidas veces, desde el advenimiento de la República. Permitted que los militares vende-patria continuaran en sus andanzas criminales, hasta que desencadenaron la rebelión de julio de 1936 y abrieron las puertas del país a la invasión extranjera que, durante 3 años, sembró la destrucción y la muerte, y que

aún hoy, tantas lágrimas y sangre cuesta al sufrido y heroico pueblo español.

La negativa del gobierno republicano-socialista a aplicar medidas drásticas con el fin de liquidar la base material y social de la contrarrevolución monárquico-fascista, permitió a ésta recuperar el poder en 1933. Lo que no pudo conseguir en agosto de 1932 con el golpe de estado de Sanjurjo, lo consiguió mediante la corrupción y el cohecho, a través de elecciones amañadas, preparadas por sus agentes incrustados en el gobierno. Bajo la inspiración de la reacción monárquico-fascista, el gobierno de Lerroux creó un Estado de tipo policíaco con el fin de preparar las condiciones para que Gil Robles y sus secuaces pudieran escalar el poder sin resistencia popular, a objeto de traspasarlo luego a las hordas militares fascistas de Franco.

Sin embargo, la operación planeada por la reacción y el fascismo no se realizó con la facilidad que ellos esperaban. A pesar de las medidas policiales, el movimiento obrero y popular, lejos de declinar, se desarrolló con vigor renovado. Huelgas políticas, manifestaciones de masas, acciones populares diversas, impidieron al gobierno de Lerroux llevar a cabo "pacíficamente" sus planes contrarrevolucionarios. A la entrada de Gil Robles en el Gobierno, la clase obrera y el pueblo respondieron con una huelga general que asumió carácter insurreccional (octubre de 1934), y que, si bien no consiguió impedir la instauración de la reacción en el Poder, logró impedir la implantación de una dictadura militar-fascista.

La persecución sañuda que el Gobierno Lerroux-Gil Robles desencadenó contra el movimiento obrero y popular y contra el Partido Comunista, no amedrentó al pueblo. Bajo la dirección de José Díaz, el Partido Comunista procedió a replegar ordenadamente sus

fuerzas, y a adaptar su actividad a las condiciones de ilegalidad. A pesar de las persecuciones, el Partido trabajó con éxito para reagrupar las fuerzas del movimiento obrero y popular, y organizar el movimiento popular de masas en base a la unidad de todas las fuerzas obreras y democráticas. La acción de las masas fué resquebrajando paulatinamente la dictadura reaccionaria pro-fascista, y terminó por romper el dique de contención de la reacción, abriendo cauce a una formidable oleada democrática que culminó en el triunfo del Frente Popular (elecciones de 1936) y en la instauración de un gobierno democrático. Con el apoyo y bajo la presión del pueblo, este gobierno se encaminó hacia la realización de medidas tendientes a impulsar el desarrollo de la revolución democrático-burguesa por vía pacífica. Desgraciadamente, no extrajo la debida lección de los errores cometidos durante el periodo anterior, pues, no tomó las drásticas medidas necesarias contra la reacción y el fascismo. A causa de éso, la obra progresista iniciada después del triunfo de febrero por el Frente Popular fué interrumpida bruscamente por el alzamiento armado de los generales felones al servicio de Hitler y Mussolini. A éste siguió la invasión del país por las fuerzas armadas de las potencias del Eje fascista. De este modo, lo que en un principio fué una guerra civil, en que el pueblo ajustaba las cuentas, con éxito, a los traidores "nacionales", se transformó en una guerra de defensa de la independencia nacional.

Es conocido el grandioso papel que en esta emergencia jugó el partido de Pepe Díaz y de Pasionaria. Todos y cada uno de los afiliados al Partido Comunista centraron su pensamiento, su preocupación y su acción en la ley suprema del momento: ¡ganar la guerra, para asegurar la libertad y la independencia de la Pa-

tria! Su política acertada, su capacidad de organización, el heroísmo sin reservas de sus afiliados, determinó que el Partido Comunista se transformara en el partido de todo el pueblo, pues, éste lo veía el primero en iniciar el combate y el último en terminarlo. El Partido Comunista se transformó en el factor decisivo de la Unión Nacional de todos los españoles, gracias a la cual se crearon las condiciones para la prolongada y heroica resistencia del pueblo español a los agresores fascistas.

II

EL TEMPLE STALINISTA DE JOSE DIAZ

José Díaz se formó como Jefe proletario y popular en la escuela de esas grandes batallas históricas libradas por el pueblo español contra la reacción y el fascismo. Enseñó y aprendió de las masas. Asimiló hondamente lo fundamental de la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y, sobre todo, las enseñanzas contemporáneas del stalinismo, y se esforzó por llevarlas a la práctica teniendo en cuenta las condiciones específicas de España. Díaz no fué un "devorador" de libros; pero, estudió metódica y perseverantemente, y asimiló lo esencial de la teoría marxista-leninista. Se posesionó a fondo y aplicó consecuentemente el principio staliniano de que "la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, exactamente del mismo modo que la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbrá su camino". (Stalin). Por éso, se dedicó con tesón y entusiasmo a la movilización y organización de la clase obrera, de las masas campesinas, de la población laboriosa, con el propósito de unir a todo el pueblo en la lucha común por la de-

fensa de sus intereses inmediatos de carácter económico, político y social, esforzándose por orientar siempre la lucha hacia este objetivo estratégico central: el desarrollo de la revolución democrática. Comprendía que solamente procediendo así, se podía llegar a asegurar la tierra, el pan, el trabajo remunerado, la cultura y el bienestar a su pueblo, y la libertad y la independencia de la Nación.

Díaz no era un gran orador tal como lo concebía la tradición política española, un orador que hacía discursos "bellos de forma", uno de esos oradores que, según Stalin, hablan "sobre todo y sobre nada". El hablaba siempre sobre algo, sobre cuestiones concretas y sobre asuntos candentes que preocupaban a la clase obrera y al pueblo, y lo hacía utilizando palabras claras y sencillas, sin frases rebuscadas. Con la misma sencillez con que hablaba en sus conversaciones con los obreros, hablaba desde la tribuna pública o desde la tribuna parlamentaria. Sin embargo, sus argumentos eran tan convincentes que producían un entusiasmo delirante en el público obrero y popular que lo escuchaba. Y es que los obreros, la gente sencilla del pueblo, tenían en Pepe Díaz su portavoz, lo consideraban como su hermano de sufrimientos y de lucha, carne de su carne y sangre de su sangre, que hablaba como ellos lo querían y como ellos lo sentían.

Su primer discurso en el Parlamento produjo una honda impresión. Los viejos y nuevos diputados se encontraron ante un parlamentario de nuevo tipo. Y es que Díaz, como sus compañeros de diputación, había asimilado la enseñanza leninista de que los comunistas "deben aprender un parlamentarismo nuevo, que no tenga nada de arribista". José Díaz hizo su entrada a las Cortes en 1936 hablando un lenguaje desconocido hasta entonces en el ambiente de palabrería y retórica

fútil que había caracterizado tradicionalmente al Parlamento español. Transformando las Cortes en un torneo de declamadores huecos, los parlamentarios de viejo estilo lograban escamotear los problemas esenciales cuya solución esperaba el pueblo. La entrada del grupo parlamentario comunista, integrado por 17 proletarios auténticos, constituyó toda una revolución en las costumbres parlamentarias de España. El 15 de Abril de 1936, José Díaz se levantó para pedir que el Parlamento juzgara a los ministros del gobierno Lerroux-Gil Robles y a todos los responsables de las masacres y torturas de Asturias. Los sectores de la derecha, aterrados por las acusaciones de Díaz formuladas en un lenguaje incisivo, provocaron un escándalo pidiendo al Presidente de las Cortes que exigiera al Diputado Díaz un lenguaje más moderado, más en consonancia con la "seriedad" del lugar. A esto respondió José Díaz:

"Yo no creo que la seriedad de la Cámara consista en hacer muchas triquiñuelas para medir las palabras precisas. Esa podrá ser la tradición y la costumbre de una Cámara de cuellos tiesos. Pero, ésta es una Cámara de cuellos flojos y de puños fuertes, y tiene que decir al pueblo la verdad tal como la siente".

Esta fué la norma de José Díaz durante toda su actuación parlamentaria: hablar en el Parlamento el lenguaje del pueblo para ser escuchado por el pueblo.

III

CONTRA LAS "TEORIAS" Y LOS METODOS DESORGANIZADORES DEL ANARQUISMO

A pesar de su origen anarquista —y quizás como reacción contra ese origen— José Díaz fué, ante todo y sobre todo, un gran realizador. Luchó tenazmente pa-

ra desterrar del movimiento obrero y popular el verbalismo revolucionario, la agitación abstracta y la "teoría" de la espontaneidad.

La lucha por desterrar esos vicios del movimiento obrero y democrático español no era tarea fácil de realizar en un país como España, donde el anarquismo y otras corrientes "revolucionarias" pequeño-burgueses tenían raíces muy profundas. Las características económico-sociales de España —la existencia de gran cantidad de pequeñas fábricas y talleres, de pequeños centros de producción (aun en zonas industriales tan importantes como la de Cataluña), la continua afluencia a las fábricas de campesinos que llevaban a los medios obreros sus características individualistas— favorecieron de modo particular, durante mucho tiempo, la difusión de las concepciones "filosóficas" y de los métodos desorganizadores del anarquismo.

El verbalismo revolucionario propio del anarquismo y de los demás "revolucionarios" pequeño-burgueses, consiste, precisamente, en dar consignas "ultrarrevolucionarias" y lanzar a las masas a la lucha sin preocuparse de si las consignas corresponden o no a su espíritu combativo y a su estado de organización. Consiste en elaborar las consignas sin tener en cuenta la realidad del ambiente, sin escuchar el parecer de las masas y sin tener en cuenta sus necesidades reales, y en lanzarlas luego a la circulación —para ver lo que pasa...

Cultores de la "teoría" de la espontaneidad del movimiento de masas, los anarquistas españoles declararon huelgas "generales", repetidas veces, sin dar a las masas perspectiva alguna acerca del desarrollo ulterior de la lucha. Desencadenaban las huelgas sin preparación y organización previas. Utilizaban en muchos ca-

sos la violencia contra los obreros que no se plegaban a la imposición de participar en tales huelgas generales sin perspectiva. Pero, ante los primeros golpes de la reacción, se dejaban dominar por el pánico y abandonaban las masas a su suerte, dejando que las huelgas se extinguieran sin prestarles la ayuda y solidaridad necesarias y achacando a los obreros la culpa de la derrota.

Aprovechando la indignación de las masas contra las provocaciones de los reaccionarios después del triunfo de febrero del 36, los anarquistas españoles estuvieron posesionados de una verdadera huelgomanía. Más tarde se comprobó que en la mayoría de los casos, los inspiradores de las huelgas eran provocadores trotskistas y agentes fascistas, que lo hacían con el propósito deliberado de desorganizar la vida económica de la República y crearle dificultades.

El Partido Comunista denunció públicamente esa actitud criminal de los anarquistas. José Díaz fué a denunciarla en el mismo foco del anarquismo: Zaragoza. En un grandioso mitin realizado allí declaró: "hay quien provoca y atiza las huelgas por conveniencias políticas de sabotaje, hay elementos fascistas que se introducen como agentes provocadores en algunas organizaciones para servir los fines de la reacción. A los intereses del proletariado y de la revolución no conviene que se declaren huelgas por cualquier motivo sin antes meditar bien sobre las posibilidades de resolver los conflictos sin apelar a este procedimiento. La huelga es un arma formidable que hay que esgrimir diestramente, para que no sirva a fines distintos de los que interesan a los trabajadores y al pueblo".

Gracias a la energía de Díaz y del Partido Comunista, esa fiebre huelguística —atizada por el enemigo— disminuyó, y los propósitos de los enemigos del

pueblo español se vieron frustrados en gran parte.

Bajo el pretexto del "respeto" al libre albedrío, el anarquismo desarrolló entre las masas la "teoría" de la espontaneidad que —con gran regocijo de la burguesía reaccionaria— sirvió durante mucho tiempo para obstaculizar e impedir que los elementos más conscientes del proletariado se agruparan en un partido político de vanguardia capaz de movilizar, organizar y dirigir a la clase obrera y a todo el pueblo, no sólo en la lucha por sus intereses inmediatos, sino, sobre todo, en la lucha por sus intereses vitales de carácter económico, político y social.

En cada período decisivo de la lucha del pueblo español contra la reacción y el fascismo, en que la movilización de las masas y su participación activa en las elecciones decidía en gran parte el curso ulterior de la política del país, los anarquistas incitaban a los obreros a abstenerse de votar, bajo el pretexto de que no debían distraer fuerzas en contiendas electorales sino prepararse para realizar la "revolución" y "el comunismo libertario" en el caso de que la reacción llegase a adueñarse del poder. Pero, una vez triunfante la reacción —así ocurrió, por ejemplo, en noviembre de 1933— los anarquistas no sólo dejaron de hacer la "revolución", sino que se dedicaron a realizar actos terroristas de carácter local que dieron pretexto a la reacción para extremar las medidas de represión; luego, se retiraron a cuarteles de invierno y "justificaron" su actitud de pasividad acusando a las masas de incompreensión y de falta de espíritu revolucionario. Desde la tribuna pública y desde la prensa, Díaz fustigó duramente esas andanzas de los "jefes" faistas (Federación Anarquista Ibérica) y los denunció como agentes de la reacción pro-fascista — calificativos que éstos justificaron sobradamente durante la guerra de independen-

cia nacional, al trabajar, junto con los trotskistas, como espías y saboteadores al servicio de los franquistas y del fascismo internacional. Al mismo tiempo, José Díaz llamó a la reflexión, fraternalmente, a los obreros anarquistas engañados por sus jefes, demostrándoles —sobre la base de la experiencia de Asturias— que se puede votar sin dejar de ser revolucionario. “El uso de la papeleta electoral”, —les decía— no impide el uso del fusil. Una cosa, no excluye la otra, cada cosa a su tiempo”.

Habiendo militado en las filas del anarquismo, Díaz comprendió, mejor que nadie, lo que ha demostrado la experiencia de varios décadas de luchas: que los derroches de energía combativa y de heroísmo realizados por la clase obrera y el pueblo español bajo la “dirección” de los cultores del “comunismo anárquico”, no servían más que para cosechar derrotas. Comprendió que para despejar el camino a la formación y al desarrollo de un gran partido proletario, para crear un gran movimiento sindical unificado, para realizar la unidad obrera y popular y la Unión Nacional, era preciso desarraigar definitivamente del movimiento obrero y popular de España, las “teorías” y las prácticas desorganizadoras del anarquismo. Y los hechos dieron la razón a José Díaz.

IV

LA LINEA DEL PARTIDO CONVERTIDA EN LA LINEA DE TODO EL PUEBLO

Partiendo del principio stalinista de que “la teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países tomada en su aspecto general” (Stalin), José Díaz estudió minuciosamente las experiencias obreras

y revolucionarias más importantes de los otros países, con ánimo de extraer enseñanzas para una justa aplicación de la línea política y de la táctica a las condiciones concretas de España.

Convencido de que la política del Partido del proletariado, para poder triunfar, no solo debe ser estudiada y asimilada por sus afiliados, sino que debe ser propagada persistentemente hasta convertirla en la línea política de toda la clase obrera, del pueblo y de toda la Nación, Díaz y su Partido la llevaron metódicamente al conocimiento de las amplias masas. Las conclusiones del VII Congreso Comunista Internacional, la línea del F. Unico Obrero y del Frente P. Antifascista para detener el avance de la reacción y del fascismo en todo el mundo —magistralmente trazada por el gran luchador proletario, el mundialmente conocido y querido dirigente antifascista Jorge Dimitrov— fueron estudiadas y asimiladas por José Díaz de manera profunda, pues comprendió que de su justa aplicación a las condiciones de España dependía la rápida transformación de la situación política, la sustitución del gobierno reaccionario pro-fascista por un gobierno democrático y popular, capaz de dar un fuerte impulso a la revolución democrático-burguesa. Por eso, la política del Frente Unico Obrero y del Frente Popular Antifascista fué popularizada por Díaz y el Partido Comunista a lo largo de todo el país, a través de mítines y de publicaciones diversas, de conversaciones y de discusiones públicas, que provocaron una expectativa y un interés tan acentuados que todos los sectores políticos y sociales del país tuvieron que hablar de esa política. La discusión fué llevada al seno de las organizaciones sindicales, del Partido Socialista y de todos los partidos democráticos. Toda la prensa del país se pronunció por o contra la política del Frente Popular Anti-

fascista: nadie pudo ignorarla. En ningún otro caso, como en éste, pudo comprobarse en la práctica el aserto marxista de que la idea, al penetrar en las masas, se transforma en acción. Puede afirmarse que en el proceso de unificación de las fuerzas obreras y populares de España, en la formación de la Unión Nacional para la lucha armada en defensa de la libertad e independencia de la Patria, el hilo conductor fué la aplicación consecuente de la política del Frente Popular Antifascista.

Si esta política triunfó en la práctica, si rindió tan admirables resultados en la desigual lucha contra la terrible máquina de agresión armada montada por Hitler y Mussolini con la ayuda de su lacayo Franco, débese a que José Díaz y el Partido Comunista supieron convencer a las grandes masas obreras y populares de España de que la línea de unidad era la línea justa. Al obrar así, Díaz se inspiraba en la máxima staliniana de que los comunistas "igual que Anteo, son fuertes cuando están ligados a la madre, las masas que les han dado nacimiento, los han nutrido y educado, y mientras estén unidos a su madre, al pueblo, tienen todas las probabilidades de permanecer invencibles". (Stalin).

V

DEFINICION ACERTADA DEL CARACTER DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Uno de los grandes méritos de José Díaz y del Partido Comunista de España fué el de haber asimilado profundamente la teoría marxista-leninista-stalinista sobre los distintos tipos de revolución y sobre el problema de los aliados del proletariado en las diversas etapas de su desarrollo. Los "teóricos" del socialismo es-

pañol no reconocían más que dos tipos de revolución; la burguesa y la proletaria. Los "teóricos" del anarquismo "puro" y de otras corrientes "revolucionarias" pequeño-burguesas no reconocían otro tipo de revolución que la "suya": el "comunismo libertario" y el federalismo.

Aplicando el método leninista-stalinista al estudio de las características de España, Díaz y su partido llegaron a la conclusión de que se trataba de un país semi-feudal, con un desarrollo capitalista considerable, que, en pleno siglo XX, todavía no había realizado la revolución burguesa; de un país imperialista que oprimía varias nacionalidades (Cataluña, Euzkadi y Galicia) dentro de la Península, y que sojuzgaba cruelmente a un pueblo colonial (Marruecos); y que, por consiguiente, en esas condiciones, la tarea esencial del proletariado era establecer una estrecha alianza con los campesinos y marchar junto con todas las fuerzas progresistas del país para derrumbar el régimen semi-feudal, liquidar la base material de la contrarrevolución y desarrollar la revolución democrático-burguesa.

Esta definición del carácter de la revolución, hecha por los comunistas, representó un rompimiento abierto con las falsas concepciones existentes en otros sectores obreros y democráticos del país. Al abrir nuevas perspectivas con respecto al desarrollo ulterior de la revolución, despejó el camino para el reagrupamiento de las fuerzas que luego marcharon unidas durante la lucha por la libertad y la independencia de España. Pero, ese proceso se realizó con lentitud y a través de grandes dificultades debido a las incomprensiones de socialistas y anarquistas. Al no admitir otro tipo de revolución que la burguesa o la proletaria; al no admitir la revolución democrático-burguesa, popular, en que el proletariado, en alianza con los campesinos y con el

apoyo de todos los sectores progresistas de la sociedad juega el papel dirigente, los socialistas se colocaban a la zaga de los acontecimientos. Por eso, el 14 de abril, al instaurarse la República en España, los socialistas consideraron que —tratándose de una revolución burguesa— le correspondía a la burguesía industrial, comercial, agraria y financiera, —y no al proletariado— la hegemonía en el poder; como consecuencia de esta concepción el proletariado debía pasar a jugar un papel de mero auxiliar. Todos los esfuerzos de los socialistas durante el primer período de la República (1931-33) se encaminaron a mantener la revolución dentro de los marcos puramente burgueses y a evitar que el impulso y la acción de las masas liquidaran, al estilo plebeyo, la base material de la contrarrevolución; a evitar que se impusiera la hegemonía del proletariado y se desarrollara la revolución democrático-burguesa. Es decir, la clásica posición de los mencheviques. Esa falsa posición llevó a los socialistas a colocarse en la misma situación que la burguesía reaccionaria con respecto al problema nacional y al derecho de autodeterminación de los pueblos de Euzkadi, Cataluña, Galicia y Marruecos. Para ellos, como para la burguesía reaccionaria, en España no existía un problema nacional: sólo se trataba de luchas regionales alimentadas por la burguesía local con fines "egoístas" de predominio en el poder central. A lo más, sólo reconocían como aceptable la "autonomía cultural". El desconocimiento del problema nacional, los llevó al desconocimiento del papel del campesinado como segunda fuerza motriz de la revolución democrático burguesa.

Eso explica por qué los socialistas, una vez arrojados del Gobierno en 1933 por la burguesía reaccionaria aliada a la contrarrevolución monárquico-fascista, lanzaron (en vísperas del movimiento de Octubre) la

consigna de formar Alianzas Obreras, en vez de Alianzas Obreras y Campesinas, y la consigna de "todo el poder al Partido Socialistas" y de "revolución socialista", en lugar de gobierno obrero y campesino, de Gobierno Democrático y popular, que era la solución propiciada por los comunistas con el fin de liquidar la base material de la contrarrevolución e impulsar la revolución democrático-burguesa. Esa posición sectario-opportunista persistió en un sector del socialismo e hizo sentir sus consecuencias nefastas hasta después del triunfo del Frente Popular y durante la guerra por la libertad y la independencia nacional.

En cuanto a los anarquistas, al no concebir ningún tipo de revolución que no fuese la revolución "pura", "espontánea", que les trajera el "comunismo libertario" al desconocer toda forma de poder político, se dejaron llevar siempre —durante la monarquía como durante la república burguesa, durante la república democrática como durante la guerra de independencia nacional— a acciones "revolucionarias" inconsultas y desorganizadoras, que solo beneficiaron a los enemigos del pueblo.

Unos y otros, es decir: los anarquistas faistas y los socialistas que siguieron aferrados a su posición menchevique y trotskizante, son los que, durante la guerra contra Franco, se dedicaron a ensayos de "socialización" y a experimentos de "comunismo libertario", obstaculizando con ello la política de Unión Nacional sostenida consecuentemente por los comunistas. De ese modo trabaron la labor de reorganización de la economía nacional sobre la base de las necesidades de la guerra. Con ello, no hicieron más que favorecer la labor de sabotaje de los espías trotskistas y de los falangistas, con los cuales, en muchos casos, colaboraron conscientemente.

VI

DEFENSOR CONSECUENTE DE LA UNIDAD
DEL PUEBLO ESPAÑOL

Contra esas "teorías" falsas y contra esos métodos desorganizadores, que, en lugar de acercarlos, tendían a alejar a los aliados del proletariado y, por consiguiente a retardar el momento de su redención, José Díaz y su Partido lucharon tesoneramente y con éxito. Gracias a esa lucha y al proceso de esclarecimiento que le siguió, el proletariado y el pueblo español pudieron extraer y asimilar la lección que arrojó la derrota momentánea de octubre del 34. —uno de cuyos factores principales fué la incompreensión de los socialistas de "izquierda" respecto a la necesidad de realizar una política tendiente a ganar a los aliados del proletariado. Aprovechando esta lección, la clase obrera fué apartando los obstáculos que se le oponían en su camino unitario, y realizó la unidad obrera y popular. Esta unidad fué la que deparó el triunfo al Frente Popular en febrero de 1936. La Unión Nacional fué la que llevó al pueblo español y a los pueblos de Euzkadi y de Cataluña al Frente Nacional, a participar en común en la lucha contra los traidores "nacionales" y contra las hordas invasoras fascistas, y a crear de ese modo las condiciones para su eficaz y heroica resistencia armada.

Antes como después de estallada la rebelión militar-fascista, cuantas veces los socialistas de "izquierda" y los aventureros anarquistas trataron de romper la unidad del pueblo, otras tantas veces encontraron la admonición y el repudio de José Díaz y de su Partido. Antes del 16 de febrero, dirigiéndose a los "revolucionarios" que declaraban que el Frente Popular debía ser transitorio, sólo para ganar las elecciones, y que luego

el proletariado debía marchar solo para hacer "su revolución", Díaz decía: "La tarea a cumplir es muy grande y la ejecución del programa obliga a los antifascistas a permanecer unidos. La lucha no termina el 16 de febrero. Tenemos todavía mucho camino que recorrer junto con los republicanos de izquierda. ¡No rompáis, no rompamos jamás el Bloque popular!".

La defensa de la República agredida por los militares fascistas sublevados dió a los partidos políticos obreros y populares y a las organizaciones sindicales de la clase obrera —que fueron los primeros en acudir a su llamado— un predominio acentuado en la vida económica, política y social de España. Esta situación indujo a ciertos socialistas de "izquierda" influenciados por los trotskistas y, en particular, a los anarquistas, a considerar una vez más que en la nueva situación creada por la guerra el problema de los aliados había dejado de tener importancia para la clase obrera, es decir, que ésta podía marchar "sola" hacia la instauración de un "poder proletario" o del "comunismo libertario". José Díaz salió al encuentro de estos funestos desatinos en diciembre de 1936. Dijo:

"No pararse demasiado en ensayos de tal o cual doctrina económica, de tal o cual sistema político, en querer construir demasiado el futuro, olvidándose del presente. ¿Comunismo libertario, dictadura del proletario, socialismo de Estado, república federal? ¡Ya hablaremos de eso! Ahora, vamos a ganar la guerra! Cuando el pueblo haya vencido, entonces el pueblo soberano dirá qué gobierno quiere darse y qué forma han de revestir sus instituciones".

La política de unidad obrera y popular, de unidad nacional —que con tanto calor defendía José Díaz— se basaba y se basa, en la coincidencia de intereses de diversos sectores sociales en la lucha común en defensa

de la libertad y de la independencia de la patria. Por tanto, no era ni es una maniobra política. Esta idea, Díaz la expresó con claridad al combatir la posición "izquierdista" de los socialistas trotskizantes, que proponían excluir del frente nacional a los sectores burgueses, haciendo el juego a los elementos capituladores que, levantando el "espectro del comunismo" como resultado del triunfo armado de la República sobre Franco, también propiciaban la ruptura del frente popular antifascista.

"Se pretende dar de lado a nuestros aliados: bien a los campesinos, bien a la pequeña burguesía o a los burgueses republicanos. Esta alianza debe ser reforzada durante la guerra y después de la victoria. Nuestro lema es: "Unidos ahora para ganar la guerra, y unidos después para cosechar los frutos de la victoria", y el que trata de romper la unión del pueblo español, que lucha por la independencia de España, que se lo juega todo en esta lucha, labora consciente o inconscientemente a favor de nuestros enemigos".

A los aliados del campo burgués y pequeño-burgués que se asustaban de la fraseología "revolucionaria" y de ciertos actos inconsultos de esos mal llamados revolucionarios "impacientes", Díaz los tranquilizaba con este acertado razonamiento: "no temáis, no veáis en el proletariado el "peligro rojo" sino el eje, la vanguardia de toda lucha eficaz contra la barbarie fascista; ved en él la base de toda cultura y de todo bienestar, frente al fascismo que destruye los pueblos y cierra el paso a la cultura y al progreso de la humanidad".

PROPOSITOS DE LA POLITICA DE UNION NACIONAL

En la medida en que la guerra se prolongaba y que los gobiernos fascistas de Alemania y de Italia envia-

ban a España un cuerpo de Ejército tras otro; en la medida en que la guerra de defensa de la independencia de la Patria exigía que el frente popular se ensanchara hasta abarcar a todos los españoles que —por su sola condición de españoles y de patriotas— estaban dispuestos a contribuir a la liberación de España, Díaz y el Partido Comunista no sólo reforzaban su oposición a todo acto "extremista" que pudiera distanciar a algún sector del Frente Popular, sino que planteaban como necesidad urgente la de realizar la Unión Nacional. Con ese objeto, ya en 1938, José Díaz definía con claridad y precisión lo que debía entenderse por Unión Nacional.

"La Unión Nacional —decía— no es una formación política o parlamentaria cualquiera: es el agrupamiento de todo el pueblo cuando están en peligro los bienes comunes, como son la independencia del país, la integridad territorial, la existencia misma de España como Estado. Por eso, cuando hablamos de Unión Nacional, nuestra mirada no se dirige sólo a los que en nuestro territorio deben estar unidos para cerrar el paso al invasor, sino especialmente a los del otro lado de las trincheras. El fortalecimiento y la ampliación de la Unión Nacional coinciden con el renacimiento de una conciencia nacional en todos los españoles que no se han vendido al extranjero, y esta conciencia coincide, a su vez, con la comprensión de los intereses de todos y cada uno de nosotros".

Esta magnífica definición de lo que había de ser la Unión Nacional, todavía es válida hoy para España y no lo es sólo para España sino también para los países de América Latina.

Esta fué la política consecuente de José Díaz y de su Partido en pro de los aliados del proletariado, en pro de la Unión Nacional, política que él desarrolló como

un hilo rojo durante todo el transcurso de la guerra, y que se esforzó por mantener a costa de no pocos sacrificios. Sólo después de que la unidad popular y nacional fué quebrada por la traición de adentro —ruptura del frente y entrega de Madrid por los casadistas— y por los “consejos” de afuera— presión de los Gobiernos reaccionarios munichistas de París y de Londres, sin que los comunistas pudieran ya impedirlo, sólo entonces el fascismo pasó.

VII

LA AGRESION AL PUEBLO ESPAÑOL, PARTE INTEGRANTE DE LA POLITICA DEL IMPERIALISMO FASCISTA

Ya en 1935, es decir, el año anterior al levantamiento de Franco, José Díaz caracterizó con exactitud la lucha contra el fascismo como una lucha única e indivisible en el plano internacional y nacional. Comprendió que la agresión de las potencias fascistas contra China, contra Etiopía y otros pueblos era la iniciación de una segunda guerra mundial, y que las actividades del nazi-fascismo en el interior de España, como en todos los países de Europa y del mundo, representaban ya una parte integrante de la próxima agresión armada.

Esta concepción la expresó José Díaz en un discurso que pronunció en noviembre de 1935, al decir que: “Alemania, Italia y el Japón se preparan abiertamente para sumir al mundo en las neग्रuras de una guerra cien veces más espantosa y contrarrevolucionaria que todas las conocidas hasta hoy”, y que, a causa de eso, “la lucha se plantea en un plano internacional y muy especialmente en España, donde la ola antifascis-

ta crece por todo el país”. Y agregaba Díaz: Hay que impedir, en un esfuerzo sobrehumano, que el fascismo triunfe totalmente en nuestro país. Si triunfara, la inaudita represión del movimiento de Asturias, el refinamiento en los métodos bárbaros de represión cobrarían proporciones monstruosas”.

Pocos meses después, al producirse el alzamiento fascista, los hechos se encargaron de justificar la previsión de José Díaz: lo que en un comienzo apareció como un motín de generales felones y de formaciones fascistas “nacionales”, no fué otra cosa que el comienzo de la agresión armada de las potencias imperialistas del Eje Berlín-Roma contra la independencia nacional de España, y una operación preparatoria para el desencadenamiento de la guerra en el continente europeo. Por eso, en agosto de 1936, José Díaz pudo decir que “en nuestro país se está librando una lucha histórica entre la democracia y el fascismo, por la independencia o la esclavitud de un pueblo, por la paz o por la guerra en el mundo”.

En 1937, con clarividente previsión, José Díaz dirigió una alocución a los pueblos de Europa, particularmente al pueblo francés, señalando que la agresión de Hitler y Mussolini contra el pueblo español no estaba dirigida sólo contra España. “No! —exclamaba Díaz— Objeto de esta agresión son todos los pueblos libres e independientes. La tragedia consiste en que estos pueblos, engañados o ilusionados por las palabras de sus gobiernos, hasta ahora no han logrado comprender esta verdad”.

En aquellos días, no eran pocos los politicastos —inclusive muchos demócratas miopes— que en Francia, en Inglaterra y en América rechazaban las graves advertencias que salían del campo comunista y del cam-

po antifascista en general. Contestaban —unos, por falta de visión sobre la gravedad de la situación internacional; otros, por cobardía y espíritu de “apaciguamiento”; y otros, finalmente, por complicidad directa con el fascismo— que aquellas advertencias eran exageradas y alarmistas.

La política de “no intervención” sirvió a los agresores fascistas a las mil maravillas para intervenir impunemente contra el pueblo español y para preparar la agresión armada contra otros pueblos. Y pensar que —¡todavía hoy!— después de las trágicas experiencias vividas, existen hombres políticos y gobernantes que se obstinan en creer que es posible mantener una posición de “neutralidad” o “no beligerancia” y evitar con eso la agresión armada de las hordas fascistas... No ven, o no quieren ver, que el plan de agresión de las potencias imperialistas fascistas abarca al mundo entero, que nuestro continente ya ha sido agredido, y que todos y cada uno de nuestros países serán agredidos, sojuzgados y esclavizados si es que no preparan a tiempo una defensa armada eficaz.

Ya en 1938, en una alocución dirigida a los pueblos de América Latina, José Díaz advirtió que “en el caso de una victoria fascista en mi (su) país, España sería el punto de apoyo del fascismo internacional para realizar la conquista de América con que sueña Hitler” Esta previsión —por desgracia— los hechos la van confirmando. En todos aquellos países del continente donde la Quinta Columna nazi-nipo-fascista es descubierta y reprimida, son los falangistas españoles —protegidos por el pabellón de la “no beligerancia” que enarbola la España franquista— los que reorganizan e impulsan las actividades criminales de los agresores hitleristas y de sus cómplices vende-patria.

Basados en este planteamiento justo de carácter nacional y del alcance internacional de la lucha armada del pueblo español, como una “guerra por su independencia nacional, por la independencia de la república democrática”, José Díaz y el Partido Comunista lanzaron la consigna de: ¡todo y todos para ganar la guerra! Esta consigna se transformó rápidamente en la palabra de orden de todo el pueblo español. Predicando con el ejemplo, el Partido Comunista ajustó su actividad política, su agitación y propaganda a la tarea urgente del momento, que era la de movilizar y organizar a la clase obrera, al pueblo y a toda la Nación con el propósito de batir y aniquilar al enemigo, de ganar la guerra y liberar a España del yugo fascista.

VIII

LA LUCHA POR LA CREACION DEL EJERCITO REGULAR DE LA REPUBLICA

Lo primero que hacía falta para eso, era crear un Ejército regular. Las potencias del Eje-Berlín-Roma, enviaban material bélico moderno y tropas a los generales fascistas alzados contra la República, y, en esas condiciones, ya no era posible pensar en conquistar la victoria sin crear un poderoso Ejército y sin concentrar todas las energías y todos los recursos materiales y humanos de la Nación bajo una sola dirección, supereditando todo y todos al objetivo supremo de ganar la guerra.

Donde se puso de relieve el dinamismo, el tesón, la capacidad organizativa, las dotes políticas y estratégicas de José Díaz, fué en la realización de la ardua tarea de ayudar al pueblo español a forjar bajo el fuego enemigo, un verdadero Ejército popular; de formar

centenares y miles de aguerridos y competentes jefes militares y Comisarios políticos; de crear, sobre la marcha de la misma guerra, una industria bélica y cuadros capaces de hacerla producir; de organizar la economía nacional, y, sobre todo, la economía campesina, de acuerdo a las necesidades de la guerra; y de unir al pueblo y orientar toda su actividad en esa dirección. Díaz supo infundir sus propias cualidades, no sólo a su Partido, sino también, a la clase obrera y a todo el pueblo. Solo así la República pudo hacer frente con éxito a las dificultades propias de la situación de desorganización creada por el estallido de la rebelión militar, y a las dificultades suplementarias creadas por las incomprendiciones de ciertos sectores "izquierdistas" del movimiento obrero, y por el sabotaje consciente de los faistas y de los espías y saboteadores trotskistas (POUM).

Díaz y su Partido pudieron cumplir con éxito esas tareas —si bien a veces fueron cumplidas con un retraso criminal debido a las causas precitadas— porque tenían como lema el decir siempre, la verdad al pueblo, por amarga que fuera y de recurrir directamente al pueblo para vencer las dificultades.

Por ejemplo, cuando Franco avanzó sobre Madrid en forma amenazadora y el desaliento se adueñaba de los que "vivían alegres y confiados" en las esferas oficiales, ocultando al pueblo la seriedad de la situación, y consolándose con la idea de que "el Madrid popular tenía el entusiasmo necesario para impedir que el enemigo pudiese conseguir su propósito". José Díaz les advirtió: "el entusiasmo es mucho; pero no es suficiente para derrotar al enemigo". Para detener al enemigo, señalaba Díaz, es preciso crear las condiciones materiales necesarias. En primer lugar. "hay que crear un Ejército regular bien disciplinado, con mandos seguros y aguerridos".

"El enemigo —decía Díaz— se da cuenta de que, a pesar de poner en juego todas sus reservas y traer moros y legionarios y de utilizar la ayuda de técnicos extranjeros, no está en condiciones de poder vencer. Por eso recurre a sus aliados y mentores, los fascistas alemanes e italianos, para que, además de los técnicos y de las armas, le envíen contingentes sacados de los ejércitos alemán e italiano, con el fin de hacer frente a las tropas republicanas.

"La guerra toma desde este instante un carácter abierto de guerra de independencia nacional contra un ejército imperialista de invasión que domina la técnica moderna y que despliega toda su capacidad técnica y militar para obtener la victoria. Frente a esta situación, ya no sólo son insuficientes las formaciones armadas de milicianos, sino que se hace imprescindible crear un Ejército nacional poderoso, capaz de dominar la técnica militar y aplicar la táctica y estrategia que corresponden a una guerra moderna".

Esto significaba terminar con las milicias de organizaciones y de Partidos. La argumentación de Díaz era incontrovertible: tenemos enfrente a un enemigo fuerte en armamentos, en organización y en disciplina, para vencerlo necesitamos otro Ejército más poderoso en armamentos, organización y disciplina. Sin embargo, para hacer triunfar la proposición de organizar un Ejército popular fué necesaria una dura lucha, pues chocó con la resistencia de ciertos militares profesionales, de los anarquistas y de ciertos dirigentes políticos que, como Largo Caballero, nunca llegaron a comprender que sin un Ejército de ese tipo era imposible la victoria.

EL QUINTO REGIMIENTO GERMAN DEL EJERCITO POPULAR

Díaz y el Partido Comunista no se limitaron a insistir sobre la necesidad de la creación de un ejército popular, sino que desde los primeros días del estallido de la rebelión militar-fascista, dedicaron sus mejores hombres y sus mayores esfuerzos a la creación de un cuerpo militar —el glorioso 5o. Regimiento— que sirviese para instruir militarmente a millares de obreros y campesinos y para encuadrarlos en formaciones armadas. Así fué como salieron del 5o. Regimiento los primeros Batallones de Acero que llevaron al frente el ardor combativo y la disciplina militar. Fueron estas formaciones militares de nuevo tipo, integradas por patriotas probados, pertenecientes a diversas ideologías, y dirigidas en su inmensa mayoría por comunistas, las que en los primeros momentos de la lucha fueron enviadas a los lugares más peligrosos del frente con la consigna de: “¡ni un paso atrás!” Ellas fueron las que cerraron los boquetes abiertos por los “chaqueteos” (desbandes provocados en gran parte por el pánico que sembraban los agentes del enemigo emboscados en las filas republicanas). Ellas fueron las que sostenían o atacaban una posición, sacrificando hasta el último de sus componentes, para dar tiempo a reorganizar el frente o para permitir la creación de reservas. El 5o. Regimiento y la llegada de las primeras formaciones de las gloriosas Brigadas Internacionales, fueron los factores que, en gran parte, decidieron la suerte de Madrid, y permitieron resistir con éxito, en las históricas jornadas de noviembre de 1936, los furiosos ataques del enemigo. Su ardor combativo, su espíritu de disciplina, su fe en la justeza de la causa por la que luchaban, infundieron a todo el pueblo la seguridad de que —unido el

frente y la retaguardia— se realizaría la consigna de Pasionaria: “¡No pasarán!” Y la consigna se realizó.

Cuando el 5o. Regimiento se disolvió, era ya un pequeño Ejército —60 mil hombres— con sus formaciones regulares, con sus reservas, con su Intendencia, en fin, con todo lo que caracteriza a un Ejército regular. Ese ejemplo vivo —obra de José Díaz y de su partido— de cómo se podía y se debía formar el Ejército popular, terminó por dar a tierra con las últimas resistencias. Y el Ejército regular se formó. Pero, una vez más, se formó con retraso, por no haberse escuchado a tiempo la voz de los comunistas.

A medida que iban desapareciendo las milicias autónomas y se iba formando el Ejército regular, se crearon las condiciones para el mando único, indispensable para conducir con éxito la guerra.

El reforzamiento de la disciplina militar en las filas del ejército popular sólo podía basarse sobre la presencia de mandos militares de absoluta confianza desde el doble punto de vista de su lealtad a la República y de su combatividad y capacidad militar. “Queremos que los militares leales procedentes del antiguo Ejército —decía Díaz— sean elevados a la máxima categoría para que jueguen el papel que les corresponde; pero queremos que los nuevos valores que ha revelado el 5o. Regimiento y que son capaces de mandar batallones, brigadas y divisiones, jueguen también el papel que les corresponde”. Y la promoción audaz de miles de combatientes de primera fila, hijos del pueblo, que se habían destacado en el combate por sus cualidades militares, dió un resultado maravilloso: Modesto y Lister son la mejor demostración de ello.

Paralelamente a la organización del frente, José Díaz y su partido prestaron, desde el primer momen-

to, una atención muy seria al vital problema de las reservas del Ejército y de las fortificaciones, cuya importancia no era comprendida en toda su amplitud por los dirigentes de algunos sectores democráticos. La argumentación de José Díaz al bregar por la implantación inmediata del servicio militar obligatorio— tan reñido con las concepciones individualistas e idílicas del anarquismo y de los pequeñoburgueses incontrolados— fué contundente: “Servicio militar obligatorio, porque la lucha es por el bienestar y la independencia de España, y el que no quiera luchar voluntariamente, que vaya a la fuerza... Todos, absolutamente todos, debemos ayudar. Hay que formar reservas. Muchos hombres que sepan manejar las armas, el fusil, la ametralladora; que conozcan la organización y la disciplina”. ¡Reservas y fortificaciones! Tal fué su consigna. Por no haberse llevado a cabo con la rapidez necesaria, más de una vez peligró la situación en el frente, más de una vez no se pudo explotar las ventajas militares obtenidas.

IX

ORDEN Y DISCIPLINA PARA ASEGURAR LA DEFENSA DE LA PATRIA

La lucha de José Díaz y del Partido Comunista por que el esfuerzo de guerra se realizara de acuerdo a normas de orden y de disciplina —indispensables para el triunfo sobre un enemigo adiestrado por técnicos de Hitler y Mussolini— no se circunscribió al ramo del Ejército. Todo estaba en desorden al comienzo. Eso era inevitable en la primera etapa de la movilización popular contra la traición de los generales fascistas— pero, poco después, cuando la agresión del Eje ame-

nazaba con arrasar la República, era necesario y urgente centralizar la dirección militar, económica y administrativa de la guerra. Los comunistas —tan calumniados como factores de desorden por sus enemigos, y particularmente por los motineros fascistas— fueron el guía del pueblo español en esta lucha por el orden y la disciplina. He aquí cómo José Díaz se expresaba con respecto a ciertas organizaciones anarquistas y socialistas que formaban verdaderos Estados dentro del Estado:

“Si tenemos un Gobierno reconocido por el pueblo, hay que acabar con todos los “gobiernos” pequeñitos. No queremos más que un Gobierno, y si el pueblo ve que no representa bien sus intereses, que nombre otro. Pero, mientras sea Gobierno, toda la autoridad para él, y a los gobiernos pequeñitos meterlos en una espuerta y enterrarlos”.

Bregando contra los tristemente célebres “incontrolados”, que desorganizaban las funciones gubernativas y militares, decía José Díaz: “Hay que terminar con las gentes sin contralor y que van y vienen al frente co-el que va a una romería”. En otra oportunidad: “Máxima autoridad al Gobierno y si quieren mantener la desobediencia al Gobierno para fines particulares, no se lo permitiremos”.

La lucha de José Díaz y de los comunistas no tardó en dar sus frutos. Cuando aquellos elementos “incontrolados”, faistas y trotskistas comenzaron a verse estrechados y limitados en sus correrías criminales y contrarrevolucionarias, tanto en el frente como en la retaguardia, arrojaron la careta y desencadenaron en mayo de 1937 una rebelión militar en Cataluña, en combinación con el enemigo. Esta intentona traicionera fué aplastada rápidamente, si bien, por momentos, puso en peligro el frente —especialmente el de Aragón—

amenazando a la España republicana con una catástrofe. Una vez más, el pueblo comprobó que José Díaz y el Partido Comunista tuvieron razón al prevenirlo contra las actividades criminales de los trotskistas, de los faistas y demás "incontrolados".

LA LUCHA POR LA CREACION DE UNA INDUSTRIA DE GUERRA

José Díaz y su partido, al mismo tiempo que plantearon el problema de la creación de un Ejército regular, plantearon el problema de la organización de una industria de guerra capaz de abastecer el frente de los materiales primordiales para la lucha armada, como condición indispensable para ganar la guerra.

Crear una industria de guerra significaba transformar las principales industrias del país en industrias productoras de armas y materiales de guerra, instalar nuevas fábricas con ese mismo objeto, nacionalizar a ese efecto todas las grandes empresas susceptibles de producir para fines relacionados con la guerra, organizar el trabajo sobre un pie de producción intensiva y de rendimiento máximo, establecer un "control organizado de los obreros y de los sindicatos" sobre la producción con miras a elevarla lo más posible.

También en este terreno, José Díaz y el Partido Comunista se vieron obligados a conducir una severa lucha política contra los elementos demagógicos y desorganizadores que, habiéndose apoderado de varias fábricas e industrias, querían producir lo que querían, y no lo que el país necesitaba para poder ganar la guerra.

"¿Cómo es posible que en España haya grandes fábricas que estén produciendo cosas que no son necesarias para la guerra —denunciaba José Díaz— y

que las industrias militares no trabajen durante las veinticuatro horas? Eso tiene que terminar rápidamente". Además, criticando los procedimientos burocráticos y desorganizadores de ciertos dirigentes de sindicatos que querían "dirigir" a su manera la producción, José Díaz decía: "debe haber un control organizado de los obreros y de los sindicatos. Esto es justo; pero, los sindicatos no deben olvidar tampoco que su deber, en el momento actual, es organizar e intensificar la producción a toda costa, bajo la dirección del Gobierno, haciendo todos los sacrificios que sean necesarios para ganar la guerra... Lo que no es posible consentir es que prosperen la desorganización y la indisciplina; que se pongan todo género de dificultades para conseguir lo que es deber e interés vital y sagrado de todos: **ganar la guerra**".

Así es como procedieron José Díaz y su partido, con energía y firmeza, para contribuir a formar el Ejército regular, organizar la industria de guerra, crear las reservas y disciplinar la producción: Este fué el papel de los comunistas en la guerra patriótica por la libertad e independencia de España.

X

EN DEFENSA DE TODOS LOS SECTORES SOCIALES FIELES A LA REPUBLICA

Consecuente con su política de aliados y comprendiendo que para asegurar la victoria sobre los agresores fascistas, era necesario el respeto a los intereses de todos los sectores sociales fieles a la República y de todos los españoles organizados o no, que participaban en el gran frente de lucha en defensa de la indepen-

dencia nacional, José Díaz y el Partido Comunista fueron sus más ardientes defensores.

Frente a los abusos perpetrados por los jefes anarquistas de la FAI y por no pocos socialistas de "izquierda", eficazmente auxiliados por los espías y saboteadores trotskistas y demás agentes de Franco, y muy particularmente frente a los excesos cometidos por los anarquistas en el campo, se alzó continuamente la voz de protesta de los comunistas. En un discurso pronunciado a fines de 1936 ante el Parlamento, José Díaz pidió al Gobierno que tomara medidas enérgicas contra los que cometían abusos con los campesinos y con los pequeños industriales y comerciantes.

"Es preciso que acaben los abusos —decía— que de vez en cuando se producen en el campo, donde bandas de desalmados, arrogándose la representación de organizaciones políticas o sindicales, se apoderan de los bienes de los campesinos, bajo el pretexto de proceder a una pretendida colectivización.

"El campesino, el trabajador de la tierra en general, tiene derecho a disponer libremente de su producción y nadie está autorizado para confiscársela.

"Lo que decimos de los campesinos, lo decimos en general de todos los pequeños comerciantes, de todos los modestos industriales, de todos los pequeños productores, de todos los que —industriales o comerciantes— no sean enemigos de la República y del pueblo. Sus bienes y sus vidas deben ser y serán respetadas dentro de la República democrática.

"Lo mismo decimos de los bienes de los extranjeros".

Visto que el Gobierno de Largo Caballero no tomaba medidas eficaces, unas semanas después, en febrero de 1937, Pepe Díaz denunció ante el país, con energía aun mayor, los criminales atropellos que anar-

quistas, "incontrolados" y trotskistas cometían bajo el pretexto de la "Colectivización" agraria. "No podemos consentir —decía— que un grupo determinado, en nombre de no sé qué ideología o de no sé cuál organización, vaya un buen día al campo y le arrebate la cosecha que tantos sudores y tanta sangre le ha costado recoger. El campesino es nuestro aliado y sus cosechas deben ser sagradas para nosotros. El que atropelle los intereses de los campesinos pobres, ése no puede invocar ninguna ideología: es un bandido, un enemigo del régimen".

A aquellos que, huérfanos de toda concepción sobre el papel de las clases sociales, acusaban a los campesinos de ser reaccionarios pretextando sus resabios ideológicos, José Díaz les replicaba certeramente:

"Los terratenientes, se han encargado de decirle al campesino que su enemigo es el obrero de la ciudad. Los campesinos no están todavía curados de ese veneno que han inculcado en ellos los terratenientes, los caciques, los curas, los bandidos del partido agrario, todos los explotadores que hacían aquella propaganda para seguir explotándolos. Si los que se dicen representantes de los obreros, cometen abusos criminales con ellos, al final, como represalia se negarán a trabajar y a sembrar la tierra. ¿Es ésto lo que se quiere?"

La República debía dar a los campesinos la ayuda que reclamaban a objeto de poder sembrar y vender sus cosechas a un precio remunerativo, sin trabas ni violencias. Había que concederles la libre disposición de la tierra créditos y toda clase de facilidades para la colocación de sus productos. La mano dura del poder popular debía caer exclusivamente sobre los grandes terratenientes, que en su noventa y cinco por ciento se habían plegado a la insurrección fascista.

Esta política es la que los comunistas exigían se

aplicara con respecto a los campesinos, y fué la que realizó el obrero metalúrgico Vicente Uribe —miembro destacado de la dirección del Partido Comunista— como Ministro de Agricultura de la España republicana. El principio esencial de su política consistió en conseguir el aumento de la producción agrícola mediante el respeto a la voluntad y a los intereses de los campesinos. Esa voluntad fué respetada también cuando dispuso la distribución de las tierras de los nobles, del alto clero y de todos los facciosos entre los campesinos, por obra de Juntas Calificadoras integradas por las organizaciones campesinas, los Ayuntamientos y los sindicatos de obreros agrícolas.

Idéntica era la política que José Díaz y su partido aplicaron con respecto a los industriales modestos. “Hay que curarse un poco —decía Díaz— de éso que podemos llamar el sarampión de las incautaciones, de esos casos de incautación de bienes de pequeños industriales, de “socialización” de pequeñas industrias, de todos los abusos de esa naturaleza”.

EN DEFENSA DE LA LIBERTAD DE CULTOS

En su lucha perseverante y patriótica por unir bajo la bandera de España a todos los españoles amantes de la independencia de su país, José Díaz y el Partido Comunista aplicaron con firmeza la norma de respetar y hacer respetar las creencias religiosas, de no perseguir y no permitir que se persiguiese a nadie por profesar y practicar el culto.

“Hay una campaña fascista de tipo internacional —dijo Pepe Díaz— para hacer creer que nosotros asesinamos a los católicos, quemamos todas las Iglesias y cometemos que sé yo cuantas tropelías más contra los creyentes. Nosotros, el Partido Comunista, respetamos las creencias religiosas, aunque no las profesamos. En

España quedan en pie miles de Iglesias, nosotros no tenemos el menor interés en derribarlas ni en destruir lo que hay dentro de ellas. Si los fieles van a la Iglesia a profesar su culto, a rezar o dar fe de sus creencias, que lo hagan; nosotros no los molestaremos”.

“A los que no respetamos —agregaba Díaz— es a los falsos religiosos que convierten el crucifijo en trabuco, que empuñan las armas contra el pueblo y que se parapetan en las Iglesias como si fuesen fortalezas de guerra”.

Esta política fué un hecho tangible en la España republicana, durante todo el período de la guerra nacional. El Gobierno Republicano protegió el culto católico —a veces con la fuerza pública— contra ocasionales atropellos de elementos fanáticos y provocadores.

Tales fueron los esfuerzos que los comunistas, bajo la conducción de José Díaz, desplegaron para unificar a la nación española en la guerra por su liberación del yugo extranjero.

XI

DEFENSOR CONSECUENTE DE LA DEMOCRACIA

Relacionada íntimamente con esta política de unidad, estaba la lucha de Díaz y de su partido por hacer efectiva la práctica de democracia en la España republicana, sin reparo en el estado de guerra.

Si se quería que la República se desarrollase como una república democrática era necesario que todos los sectores sociales y políticos que compartían los sacrificios de la guerra liberadora, participaran igualmente, con los plenos derechos, en la vida política del país y en su dirección. Por éso, Díaz y su partido propusieron en 1937 que se hiciera una consulta al país por medio de elecciones generales.

Esa actitud de los comunistas era consecuente con la política desarrollada por ellos desde antes de la rebelión militar-fascista. Comprendiendo que ningún movimiento de masa puede desarrollarse y cumplir su misión si no practica la democracia, José Díaz y su partido lucharon por que los Comités de las Alianzas Obreras y Campesinas fuesen elegidos.

El mismo principio sostuvieron con respecto a los Comités del Frente Popular, a los sindicatos y a todas las organizaciones de masas: elecciones periódicas de sus miembros dirigentes, deber de rendir cuenta periódicamente de la labor realizada, derecho de iniciativa desde abajo y control sobre los actos de los elegidos. Consecuentes con el criterio de que la democracia debe practicarse a través de las elecciones, y de que en ellas cada partido debe presentar el balance de sus realizaciones y su plan de acción futura, José Díaz y el Partido Comunista lanzaron, en plena guerra la consigna de realizar elecciones sobre la base del **sufragio universal** con el fin de renovar las Cámaras, los Ayuntamientos, los Consejos provinciales y todas las funciones electivas.

El Frente Popular debía presentar el programa a cumplir y la lista de candidatos, dejando al pueblo en entera libertad para elegir representantes de su confianza.

Aunque parezca extraño, esta proposición no fué recibida con entusiasmo por muchos demócratas, y encontró contradictores obstinados en todos aquellos elementos que, como los anarquistas y trotskistas, habían cometido abusos y traiciones desde sus cargos gubernativos o administrativos, y temían el veredicto de la opinión popular. José Díaz defendió la proposición argumentando de la siguiente manera:

“Ningún partido, ninguna organización anti-fascis-

ta puede tener miedo a una consulta electoral, a una amplia actividad política de las masas.

“¿Quiénes son los únicos que pueden temerla? Los políticos personalistas y sus grupos incondicionales, los que se alegran de las alternativas desfavorables de la guerra y pretenden utilizarlas como armas contra el Gobierno y contra el Frente Popular, los que defienden a los traidores y espías del POUM.

“Los partidos populares, el Gobierno, por el contrario, sacarían de este contacto con la masa, una fuerza mayor, más poderosa, para continuar la guerra hasta la victoria.

“¿Quién debe votar? Soldados y civiles, el frente y la retaguardia, hombres y mujeres, los jóvenes desde los 18 años”.

Tales postulados, sostenidos en pleno fragor de la lucha armada contra la agresión nazi-fascista, demuestran que José Díaz y los comunistas —tan calumniados como enemigos de las instituciones democráticas por los peores enemigos de las mismas— actuaron en España como actúan en todas partes: como **verdaderos demócratas**. Claro que los comunistas son partidarios de una democracia popular efectiva, nó de una democracia amañada, a base de representantes “elegidos” — es decir, **impuestos**— por el fraude y la violencia.

XII

LA LUCHA POR MEDIDAS PREVENTIVAS PARA EVITAR EL ALZAMIENTO MILITAR- FASCISTA

Precisamente por ser demócratas **consecuentes**, nunca José Díaz y los comunistas españoles confundieron democracia con debilidad o capitulación ante las actividades conspirativas y criminales de los enemigos

jurados de la democracia, los reaccionarios y fascistas. Para defender la democracia, era preciso —desde mucho antes del estallido de la guerra civil— aniquilar implacablemente a estos enemigos. José Díaz y su Partido, no se cansaron de advertir al Gobierno surgido de las elecciones del 36 acerca del inminente peligro que entrañaba su complacencia hacia los conspiradores reaccionarios. El 5 de abril, Díaz señaló que “la reacción trabaja en diversas formas. En el Parlamento trata de presentarse como legalista, aparenta someterse al triunfo de la voluntad del pueblo, pero por otra parte está preparando la rebelión. ¿Quién no conoce la preparación del Golpe de Estado? Si no se han decidido aún a dar el golpe es porque las condiciones no les son favorables”.

El 5 de Julio, pocos días antes de la sublevación fascista, José Díaz insistía en el Parlamento sobre la misma cuestión.

“Es preciso afianzar las fuerzas de la democracia. Y para ello, el gobierno tiene que acabar con los mandos reaccionarios, con los jefes monárquicos y fascistas dentro del Ejército, con los Jueces fascistas y con toda clase de enemigos dentro de la República, que lo son más aun de los trabajadores. ¡Fuera los Franco y Godet del Ejército!” “El Gobierno considera que, haciendo algunas concesiones a la reacción puede dominarla, y tenemos que decirle al Gobierno que a la reacción no se le puede vencer haciéndole concesiones”.

El 15 de julio, tres días antes del alzamiento reaccionario, Díaz reiteraba la demanda de su partido.

“El Gobierno se ha quedado corto al no meter mano a fondo a los elementos que provocan la guerra civil en España. Pedimos que se apliquen esás medidas. Si se hace lo que pedimos —se lo aseguramos al Gobierno— no habrá guerra civil”.

Pero, el gobierno republicano perseveró en la política de la tolerancia hacia los conspiradores militares-fascistas, en lugar de aplicar las drásticas medidas preventivas exigidas por José Díaz y su partido. Como consecuencia, Franco tuvo tiempo para desarrollar su plan conspirativo y para retribuir esa tolerancia con la traición a la Patria y con el desencadenamiento de una guerra civil brutal y sangrienta.

DENUNCIA DEL CARACTER INTERNACIONAL DE LA QUINTA COLUMNA

Apoyándose en esta amarga experiencia, el Partido Comunista insistió con más fuerza que nunca desde el comienzo de la guerra de independencia nacional, sobre la necesidad de perseguir al enemigo emboscado, de extirpar de raíz la organización de la Quinta Columna. En ésta, como en otras cosas, José Díaz y los comunistas españoles atendieron al sabio consejo dado por Stalin al Partido Comunista (b) de la URSS sobre las consecuencias nefastas del debilitamiento de la vigilancia sobre el enemigo.

“Para vencer en una batalla —ha dicho Stalin— serían necesarios, quizás varios Cuerpos del Ejército Rojo; pero para comprometer su victoria bastaría con que hubiese en el Cuartel General o simplemente en el Estado Mayor de una División unos cuantos espías dispuestos a sustraer el plan de operaciones y hacerlo llegar a manos del enemigo. Para construir un gran puente de hierro se requieren muchos miles de hombres, pero para hacerlo volar por los aires bastan unos cuantos hombres. Y así podríamos dar decenas de ejemplos...”

A los comunistas españoles corresponde el mérito de haber alertado al mundo sobre el peligro que representa la Quinta Columna en las condiciones de la gue-

rra de agresión del Eje fascista. En marzo de 1937, al denunciar la obra traidora de los quinta-columnistas españoles, decía José Díaz: "El fascismo, el trotskismo y los incontrolables" son los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino en todos los países civilizados". En lo que concierne a las medidas de represión preventiva que el Gobierno debía tomar con respecto a los quinta-columnistas, decía: "Primero, poner a buen recaudo a los fascistas y a los vagos, y luego mandarlos a que construyan trincheras y parapetos para mejor proteger la vida de nuestros combatientes. El que no haga algo útil para la guerra en el frente o en la retaguardia, hay que meterle mano sin vacilación".

Desgraciadamente, no todos los anti-fascistas españoles estaban convencidos de la necesidad de perseguir a los quinta-columnistas, lo que costó bastante caro al pueblo español. El descubrimiento de la labor criminal desarrollada por la Quinta Columna española confirmó sin lugar a réplica lo que ya habían demostrado sobradamente los procesos de Moscú del año 1938, a saber: que los trotskistas no eran más que una banda de espías y saboteadores al servicio de la Gestapo y del fascismo internacional. La rebelión faista - trotskista - falangista de mayo de 1937 en Cataluña demostró que los trotskistas españoles (POUM) y su organización eran una parte integrante de la Quinta Columna falangista y del servicio de espionaje y sabotaje de Franco. En presencia de las vacilaciones del Gobierno, Díaz tuvo que insistir una vez más sobre la necesidad de aniquilar rápidamente a los quinta-columnistas trotskistas. "Los descubrimientos de la policía — dijo — han probado que los falangistas y los poumistas trabajan unidos en la ilegalidad en su obra de espiona-

je y de sabotaje. Pues bien, si trabajan juntos, hay que aplastarlos juntos".

¡Hay que aplastar a tiempo la Quinta Columna si no se quiere caer víctima de ella! Esa es la gran lección de España. Desde que la Quinta Columna fué descubierta, reconocida y "bautizada" en España, ha ido extendiendo y perfeccionando su actividad criminal. La Quinta Columna nazi-nipo-fascista-falangista opera en todo el mundo, y es tan larga que —según una frase feliz de Díaz— "nunca se le ve el rabo..." Espía, realiza obra de sabotaje, desorganiza, trata de dividir a los pueblos y a las naciones, se esfuerza por impedir la unidad nacional de los pueblos en defensa de su libertad e independencia. Y, sin embargo, existen países de América en que los Gobiernos la toleran y la estimulan. ¡Guay de los pueblos que no reaccionen a tiempo contra esa tolerancia anti-patriótica! Perderán su independencia y su libertad, y sufrirán el hambre, la miseria, la esclavitud y la muerte, a igual de muchos pueblos de Europa y del Asia sojuzgados por el Eje fascista.

XIII

LA AYUDA DE LA UNION SOVIETICA AL PUEBLO ESPAÑOL

Uno de los factores decisivos que permitieron al pueblo español sortear todas las dificultades internas y resistir heroicamente durante casi tres años a la agresión armada de las hordas invasoras fascistas, fué la solidaridad internacional de los pueblos y, sobre todo, la ayuda decidida y generosa que Stalin, el Gobierno y el pueblo de la Unión Soviética le prestaron en todos los terrenos.

La histórica declaración de Stalin de que "liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es incumbencia privativa de los españoles sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresista", fué refrendada por el envío de una ayuda efectiva, de toda la ayuda que a la URSS le fué posible dar a España con el fin de proporcionarle los medios necesarios para triunfar sobre las hordas fascistas invasoras.

Los que han vivido aquellos momentos difíciles en que se encontró la España republicana en los primeros tiempos de la rebelión militar-fascista, conocen el dolor que producía ver a los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo español ir al frente mal armados para enfrentar el avance de las hordas fascistas, bien equipados desde el comienzo con el material de guerra robado a la República, y con los formidables elementos mecánicos que recibieron inmediatamente de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia. Conocen también lo que significó, tanto desde el punto de vista material como desde el punto de vista moral, la ayuda generosa de la URSS.

Al estallar la rebelión militar-fascista contra la República democrática de España y contra su Gobierno legítimo, surgido del triunfo electoral de febrero de 1936, se esperaba que, en defensa de sus propios regímenes e intereses, los países democráticos de todo el mundo —y especialmente Francia, vecina de España— acudiría en ayuda de la República española agredida desde adentro y desde afuera por los enemigos jurados de la democracia: los nazi-fascistas. Se sabe que no fué así. Que sucedió lo contrario. Que los gobernantes de esos países —los mismos que más tarde capitularon ante Hitler— mostraron más bien interés en sacrificar a la República española. Que obstaculizaron por todos los medios a la República española, impidiendo que se

procurase los elementos necesarios para su defensa. Los agentes fascistas —de adentro y de afuera— y los "apaciguadores" habían conseguido crear en muchos países democráticos una atmósfera de indiferencia cuando no hostilidad contra los heroicos combatientes españoles, cuyo "delito" consistía en haber empuñado las armas para defender su libertad e independencia, para oponer un dique de contención a los avances de la reacción y del fascismo en Europa y América.

Ante esa situación, muchos demócratas burgueses, y, sobre todo, muchos "revolucionarios" pequeño-burgueses de España se dejaron ganar por la idea pesimista de que "estando solos", era locura el continuar la lucha. El histórico mensaje de Stalin llegó más que oportuno. Es más: el pueblo español comprendió que no estaba solo y que, por el contrario, estaba bien acompañado.

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES, NOBLE EJEMPLO DE SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Como es sabido, el llamamiento de Stalin fué oído y ejecutado no sólo por los comunistas españoles y por el pueblo español, sino por los comunistas y por todos los hombres avanzados y progresistas del mundo entero. La materialización de la solidaridad para con el heroico pueblo español cobró desde entonces un gran impulso. Una de las formas más nobles y más emocionantes de esa solidaridad internacional, fué la formación de las Brigadas Internacionales, cuyo abanderado fué Andrés Marty, héroe internacionalmente conocido. La humanidad civilizada y progresista nunca apreciará en todo su valor lo que ha representado el noble gesto de aquellos hombres que, salidos de todos los rincones del mundo, llegaron a España para defender

en sus trincheras la libertad y la independencia de todos los pueblos. Buscados y perseguidos por los gobiernos reaccionarios y pro-fascistas de sus países, y de los países de tránsito, los héroes que formaron en las Brigadas Internacionales organizaron a escondidas su viaje a España. Cruzando ilegalmente las fronteras, escalando montañas abruptas y nevadas, cruzando los mares en botes de pesca, escapando al control de la policía de la "no intervención", perseguidos y a veces asesinados por la misma, esos hombres llevaron al pueblo español, junto con su tributo de sangre, el estímulo, el aliento, el espíritu solidario de la parte más consciente y combativa de sus pueblos.

Su noble misión —a decir verdad— no siempre fué comprendida por ciertos gobernantes de la propia República española. El pueblo sí que la comprendió. La gratitud del pueblo español hacia esos valientes luchadores, fué expresada por José Díaz, en nombre de su Partido y de todo el pueblo español, en la oración fúnebre tributada a Hans Beimler, el heroico dirigente comunista alemán muerto en el frente de batalla. "Frente a los miserables asesinos a sueldo, mercenarios de Hitler y Mussolini —dijo Díaz— que vienen a robarnos pedazos de nuestro suelo patrio para cebar a los buitres del imperialismo extranjero, la solidaridad de los hombres que, sintiendo el verdadero patriotismo de sus pueblos, ayudan al nuestro a liberarse de las garras que se lo quieren repartir. Junto con el pueblo español que combate por su libertad, vienen a ocupar su puesto de lucha los hombres mejores y más conscientes de todos los pueblos, que saben que hoy, luchar por la victoria de nuestro pueblo contra el fascismo, es luchar por la libertad de sus propios pueblos y por la consolidación de la democracia y de la paz mundial".

Natural es que los agentes del Eje fascista y de su lacayo Franco —los trotskistas, los faistas y demás "incontrolados"— exasperados por la ayuda de la Unión Soviética a la España leal, se esforzaron por destruir los efectos morales de esta ayuda, ya que no podían anular sus efectos materiales. Con ese fin, desataron una insidiosa campaña tendiente a desorientar al pueblo haciéndole creer que la URSS no podía o no quería ayudar. Trotskistas, faistas y demás quinta-columnistas rivalizaron en esta infame tarea de desmoralización. Pero, José Díaz y el Partido Comunista la combatieron y destruyeron con apoyo de hechos que nadie podía negar porque todos lo veían.

"Comprenderéis toda la mala intención que encierra el hecho de querer desmerecer la ayuda del pueblo soviético. Y yo digo: quien la ignore o la quiere ignorar de una manera mal intencionada, que dé un pase por cualquier frente, y que vea la marca de fábrica de la... "mantequilla" con que se alimentan nuestros combatientes".

El pueblo español —particularmente, los bravos soldados que se batían en el frente de guerra— sabían toda la verdad acerca de la ayuda soviética, y se sentían alentados por la solidaridad efectiva del pueblo y del Gobierno de la Unión Soviética.

"La gratitud, el cariño de nuestro pueblo por el pueblo soviético, por el gran Partido que lo dirige y por su Jefe, el camarada Stalin, —dijo Díaz— han sido bien demostrados en la conmemoración del 20 aniversario de la Revolución Rusa". Y agregaba: "La gratitud de nuestro pueblo hacia el gran luchador anti-fascista, camarada Dimitrov, que sin descanso ha luchado y lucha para que en la ayuda a España se unan y actúen juntas todas las fuerzas del proleta-

riado internacional, todas las fuerzas anti-fascistas, también será eterna”.

XIV

LOS CAPITULADORES MUNICHISTAS RESPONSABLES DE LA DERROTA DEL PUEBLO ESPAÑOL Y DE LOS AVANCES DEL FASCISMO

La consecuente política de unidad popular y nacional, de estímulo de la solidaridad internacional, que el Partido Comunista de España, bajo la dirección de José Díaz, puso en práctica, creó todas las condiciones necesarias para el triunfo de la causa democrática sobre los agresores nazi-fascistas. Esa política estaba orientada a obtener no solamente el apoyo de todas las fuerzas internas partidarias de la independencia de España y de la República sino también el apoyo de las fuerzas democráticas en el plano internacional, particularmente de las de Francia e Inglaterra, países que, amenazados en sus intereses nacionales, por los avances del Eje Berlín-Roma-Tokio, tenían, un interés propio, esencial, en prestar al pueblo español toda la ayuda que necesitaba para ganar la guerra.

Desgraciadamente, el enemigo que estrangulaba a España, trabajaba simultáneamente, con intensidad extraordinaria, en el seno de los gobiernos “democráticos” que regían a aquellos países. José Díaz y su partido tenían perfecta conciencia de la grave amenaza que representaba la política “apaciguadora” e hipócrita que se ocultaba bajo la mentira de la “no intervención”.

A fines de 1937, diez y seis meses después de iniciada la guerra civil, Díaz señalaba con acierto adon-

de conduciría la política capituladora y pro-fascista de las capas dirigentes de Inglaterra y Francia.

“La lucha que se desarrolla en España es una parte del combate mundial entre la democracia y el fascismo que quiere destruirla.

“La política reaccionaria de las clases dirigentes de Francia y de Inglaterra no evita, sino que acelera la preparación de una guerra, en la que los bandidos fascistas se lanzarán a la destrucción de las libertades de todas las naciones europeas”.

Un año más tarde, con motivo de la traición de Munich, José Díaz caracterizaba la política de Chamberlain y de sus cómplices en los términos siguientes:

“Hoy está claro que lo que quiere la parte más reaccionaria de la burguesía de Inglaterra y Francia, es que nuestro país deje de ser libre e independiente.

“El ejemplo de España está aleccionando y mostrando el camino a los demás pueblos de Europa de cómo se debe y se puede defender la independencia nacional, unidos todos en una lucha sin vacilaciones. Por ésto dan carta blanca en España a los fascistas alemanes e italianos.

“Debemos prever, pues, sobre todo en los frentes, luchas y días muy duros, y prepararnos para ellos”.

“Los “días muy duros” que José Díaz previó no vinieron sólo para el pueblo español: vinieron para todos los pueblos del mundo. Hoy, a la luz de los trágicos acontecimientos mundiales, se comprende con cuanta razón el gran Stalin señaló al mundo en 1936 que la causa del pueblo español era la causa de toda la humanidad avanzada y progresista. Si entonces se hubiese creado el bloque de la URSS con todos los países democráticos, las hordas fascistas hubiesen sido detenidas y batidas en España y la humanidad no asistiría a la ola de barbarie, destrucción y muerte que em-

pezó en España — y que hoy envuelve a todos los países del mundo. El bloque de las naciones civilizadas contra el Eje de la barbarie fascista, que no se realizó entonces a pesar del insistente reclamo de la URSS, se está realizando ahora cuando la agresión y la obra devastadora y esclavizadora del imperialismo fascista ha dejado de ser un mero peligro para transformarse en una realidad inmediata para todos los pueblos del mundo. Los anti-fascistas, los patriotas, todos los hombres civilizados de los países aún no agredidos directamente por las potencias del Eje fascista deben unirse en defensa de la seguridad e independencia nacionales y luchar en común para obligar a sus respectivos gobiernos a que se incorporen inmediatamente al frente de las Naciones Unidas. Si se les oponen obstáculos, deben apartarlos. Si son necesarios sacrificios para ello, deben hacerlos. Para evitar que la Patria sea agredida desde adentro y desde afuera, para evitar que su país sea sojuzgado y esclavizado, bien vale la pena de que los patriotas se decidan a luchar en común con el fin de imponer su voluntad a los gobernantes que no quieren tenerla en cuenta.

XV

JOSE DIAZ FORJADOR DEL PARTIDO PROLETARIO DE TEMPLE STALINISTA

La historia de la vida política de José Díaz está íntimamente ligada al período de consolidación y desarrollo del Partido Comunista de España. Al analizar la historia de varias décadas del movimiento obrero y popular de España — algunas de las cuales las vivió Díaz como actor; al analizar las causas de los flujos y reflujos del movimiento obrero y popular el carácter de

las luchas encarnizadas entre las fuerzas de la libertad y del progreso, por un lado, y las de la reacción y el fascismo, por el otro; al ver los derroches de energía y heroísmo llevados a cabo por la clase obrera y el pueblo español sin conseguir el aplastamiento decisivo de sus enemigos, el obrero anarquista sevillano José Díaz llegó a la conclusión de que sin la creación de un fuerte y aguerrido Partido Comunista de temple stalinista, firme y flexible como el acero, de un partido que reuniese en su seno a los elementos más conscientes de la clase obrera, de las masas campesinas y de la intelectualidad, de un partido dirigido por proletarios probados en la lucha, de un partido ligado estrechamente a su clase y a su pueblo, de un partido defensor de los intereses de toda la Nación, esos derroches de energía y de heroísmo, por sí solos, no podrían llegar a liberar a España de las fuerzas reaccionarias y fascistas que la oprimían.

En ese sentido, la experiencia hecha en 1931, cuando el advenimiento de la República, había sido decisiva. La falta de una línea política acertada de parte del partido del proletariado, su insuficiente capacidad para colocarse a la cabeza de la clase obrera y de todo el pueblo con el fin de luchar para dar a la República desde el comienzo, un contenido social popular, impidió que la pujanza revolucionaria de la clase obrera y del pueblo sirviese para liquidar drásticamente la base material y social de la contrarrevolución. Hoy es claro para toda persona honrada que, de haberse afianzado la República sobre una base popular, en ese momento inicial en que los bandoleros fascistas de Alemania y de Italia no estaban todavía en condiciones de agredir directamente a otros pueblos, el curso de los acontecimientos en España pudo haber sido otro.

Comprendiéndolo así, al hacerse cargo de la di-

rección del Partido, José Díaz se dedicó con ardor y tenacidad a formar un partido capaz de cumplir esa misión. Elementos proletarios, combatientes probados en la lucha, los había muchos en España. Los había en el propio campo anarquista, donde Díaz había militado. Era cuestión de darse a la tarea de apartar el trigo de la paja, de reunir los granos dispersos, de ir concentrando los mejores elementos de la clase obrera en su Partido. Pero, para poder crecer y fortalecerse rápidamente, era preciso que el Partido se diese un programa claro y sencillo adecuado a la situación real de España, que ajustase su actividad política a ese programa, y que, frente a los cambios que se producían en la situación, realizara los cambios tácticos necesarios. Era preciso que el Partido fijara su posición política frente a todos y cada uno de los problemas candentes del momento; que luchase para despejar el ambiente de confusión ideológica y política existente en el movimiento obrero y popular; que se ligase estrechamente a las masas con el fin de llevarlas, en el momento oportuno, a la lucha y al triunfo.

Como se ha visto, la lucha por el esclarecimiento ideológico y político del movimiento obrero y popular no era fácil de realizar en un país como España, donde primaba la "ideología" anarquista y, en general, el "revolucionarismo" pequeño-burgués — en gran parte, como reacción contra la política, colaboracionista y capituladora del socialismo reformista — y donde la propia burguesía había cultivado una especie de anarquismo burgués (lerrouxismo). Sin embargo, esa tarea fué cumplida con éxito por José Díaz y su Partido.

COMO Y PORQUE CRECIO EL PARTIDO DE JOSE DIAZ Y DE DOLORES IBARRURI (PASIONARIA)

El justo planteamiento del carácter de la revolución y de las reivindicaciones de la clase obrera, de las masas campesinas, de toda la población laboriosa en la etapa de la revolución democrático-burguesa, es lo que permitió al Partido Comunista de España desarrollarse rápidamente. En 1931, al instaurarse la República, el Partido Comunista de España estaba bajo la dirección de un grupo sectario-oportunista — que luego fué excluido del Partido — y no tenía más de 800 miembros. Bajo la dirección de José Díaz y de Dolores Ibarruri (Pasionaria), el Partido Comunista fué desarrollándose continuamente hasta llegar a tener más de 300.000 afiliados en el curso de la guerra por la libertad y la independencia nacional.

Sin embargo, el crecimiento del Partido no se realizó solamente durante el período de la guerra, como algunos creen. El Partido crecía ya con anterioridad y a un ritmo considerable, tanto en los períodos de legalidad como en los de ilegalidad; antes de los combates de octubre de 1934 como durante el período de represión brutal que siguió a la derrota; después del triunfo del Frente Popular como en el curso de la guerra. Durante el período de represión, lejos de perder afiliados, el Partido los duplicó. Lo que permitió decir a José Díaz en abril de 1936: "El Partido Comunista cuenta ya con 60.000 afiliados, 30.000 de ellos han ingresado después del triunfo de febrero, y éstos no es más que el comienzo, el chorro sigue abierto..." En efecto, el chorro siguió abierto, y, en el momento de estallar la rebelión militar-fascista, el Partido Comunista de España contaba ya con más de 100.000 afiliados. Gracias a estos cien mil combatientes y dirigen-

tes de la clase obrera y del pueblo, y a los millares que se sumaron a ellos durante los años de guerra, el Partido Comunista de España pudo desempeñar el grandioso papel que le cupo en el desarrollo de la guerra de liberación nacional contra los asaltantes fascistas.

¿Por qué el Partido Comunista español pudo crecer con tanta rapidez desde la insignificante cifra de 800 afiliados en 1931 hasta la imponente masa de 300.000 afiliados que tuvo en 1938?

En primer lugar, porque el Partido Comunista de España no se contentaba con la seguridad de poseer una línea justa sino que, en todo momento, ponía el máximo afán en obtener que su línea "hubiera sido comprendida y aplicada por todas las masas populares", al decir de Díaz.

En segundo lugar, porque el Partido Comunista de España, bajo la dirección de Pepe Díaz y de Dolores Ibarruri, procedió siempre con gran responsabilidad. Nunca jugó con los intereses de la clase obrera y del pueblo. Cuidó en todo momento de aplicar su línea estratégica y táctica con la mayor flexibilidad, prestando atención constantes a los cambios que experimentaba la situación política del país y adaptando sus métodos y formas de lucha a tales cambios, sin perder de vista el objetivo principal de aplastar a las fuerzas de la reacción y del fascismo, y de asegurar el desarrollo de la revolución democrática.

"Hay —decía Díaz— otro aspecto relacionado con él de la responsabilidad, y es él de la sensibilidad política. Desde hace muchos años, y hoy más que nunca, los acontecimientos en España marchan con una rapidez enorme. Y tenemos que ser políticamente ágiles, para evitar que los acontecimientos pasen por encima de nuestras cabezas, como nubes, sin que veamos siquiera su velocidad, y sin intervenir en ellos a

tiempo con una actividad política determinada. La sensibilidad política consiste también en saber aprovechar cada momento, en lanzar la consigna justa que cada situación exija, en cambiar las consignas ya sobrepasadas por los acontecimientos".

Esta sensibilidad política, unida al análisis marxista-leninista de las fuerzas sociales y políticas en pugna, a una apreciación correcta de la correlación de fuerzas existente en cada momento dado, colocó al Partido Comunista de España en condiciones de poder dar a cada situación determinada una salida política apropiada, una solución favorable a los intereses de la clase obrera y del pueblo. Gracias a esa noción exacta de las fuerzas en juego, gracias a su fe razonada en la capacidad combativa de las masas, el Partido Comunista de España pudo orientar al pueblo por rumbo seguro, evitando por un lado, caer en apresuramientos peligrosos y, por otro lado, dejarse llevar por el pánico y la desmoralización en las situaciones de derrota. Dos ejemplos históricos así lo demuestran.

SENSIBILIDAD POLITICA Y FE EN LA CLASE OBRERA Y EN EL PUEBLO

En 1933, después de haber permitido —con su resistencia a la política de unidad— el triunfo de las derechas en elecciones viciadas, y después de haber sido arrojado del poder por la misma burguesía reaccionaria que lo había utilizado para apaciguar el movimiento popular, el Partido Socialista lanzó la consigna de "¡todo el poder al Partido Socialista!" José Díaz y su Partido señalaron que tal consigna era estrecha e irrealizable, pues, lejos de contribuir a agrupar a todas las fuerzas que era preciso reunir para barrer a la reacción del poder, alejaba a los sectores democráticos que todavía vacilaban bajo la impresión del reciente triunfo de las derechas.

La consigna debía ser: ¡por el rescate de la República democrática! De todos modos, antes de lanzar a la clase obrera y al pueblo a la lucha, era preciso tener en cuenta que, en ese momento, la correlación de fuerzas era favorable a la reacción adueñada del gobierno; que las condiciones para un nuevo triunfo del pueblo estaban madurando al calor de la indignación creciente de las masas, pero, que todavía no habían madurado; que, por tanto, era necesario —ante todo— establecer un programa de acción común que comprendiese las reivindicaciones esenciales de la revolución democrático-burguesa, y, sobre esa base, encauzar la unidad de acción entre el Partido Comunista, el Partido Socialista, la UGT, la CNT, los partidos republicanos y demás fuerzas democráticas. Debían crearse Comités de alianza obrero-campesina, que sirviesen de espina dorsal a la unidad amplia de todos los sectores obreros y populares.

El Partido Socialista no escuchó la proposición del Partido Comunista. Viendo que, a pesar de todo, la unidad de las fuerzas anti-fascistas se iba realizando y sintiéndose con fuerza suficiente para tratar de impedirla, el gobierno de la reacción precipitó los acontecimientos y formó el 4 de octubre el gobierno Lerroux-Gil Robles. Como es sabido, se desencadenó la huelga general en todo el país y el movimiento tomó carácter insurreccional en varias regiones, sobre todo en Asturias, donde obreros y campesinos, unidos en los Comités de lucha bajo la dirección de los comunistas, se adueñaron del poder durante dos semanas.

Sin entrar a analizar las causas generales de esa derrota momentánea, puede afirmarse que su causa esencial fué, por una parte, la insuficiente popularización de las reivindicaciones democráticas por las cuales se desencadenaba el movimiento —hecho que se

debió a que el Partido Socialista, no las aceptó ni comprendió— y, por otra parte, el no haberse creado los órganos de lucha correspondientes, o sea, las Alianzas Obreras y Campesinas.

Ahogada en sangre la insurrección de Octubre, pero, sin haber quebrado el espíritu combativo de la clase obrera y del pueblo, la reacción profascista instalada en el poder tomó una serie de medidas “fuertes” para impresionar al pueblo y crear el desaliento en muchos dirigentes “revolucionarios” que no comprendían —o no querían comprender— que la derrota era momentánea. Una parte de los socialistas y otros sectores democráticos cayeron en el derrotismo, y fomentaron la idea de que ya no había “nada que hacer”, en vista de que la revolución —según ellos— había cedido su lugar a un prolongado período de reacción y de terror contrarrevolucionario. José Díaz y el Partido Comunista, por el contrario, no solamente negaron esa perspectiva derrotista sino que afirmaron resueltamente el carácter transitorio de la situación de derrota y la proximidad de un nuevo ascenso de la fuerza y combatividad del movimiento popular. El gobierno pro-fascista se encontraba en la imposibilidad de desviar el descontento de las masas, pues no podía abordar ni resolver el candente problema agrario ni ninguno de los demás problemas económicos y sociales que interesaban al pueblo. Las masas no se habían dejado intimidar por la derrota y estaban dispuestas a lanzarse de nuevo a la lucha. La indignación contra los crímenes cometidos en la represión del movimiento de octubre, arrojó un nuevo inflamable en el espíritu de las masas. Por tanto, José Díaz y el Partido Comunista llegaron a la conclusión de que, entonces más que nunca, era necesario movilizar y organizar a todas las fuerzas obreras y populares en un amplio

Frente Popular, combinar la lucha por la libertad y la democracia con la lucha de Cataluña, Euzkadi y Galicia por sus libertades nacionales, y, de esta manera, crear un poderoso movimiento de unidad popular capaz de rescatar la república democrática de manos de la reacción.

Para elevar el creciente ardor combativo de las masas, para demostrar que el movimiento de octubre—habiendo sido una lucha en defensa de la república democrática contra la amenaza de una dictadura fascista—era digna de enorgullecer al pueblo, José Díaz, en un improvisado mitin realizado en Madrid el 2 de junio de 1935, asumió públicamente, en nombre del Partido Comunista, la responsabilidad por Octubre, declarando:

“Por si aun hubiese alguna duda, yo, en nombre del Partido Comunista, digo a todos los obreros, a los campesinos, a los trabajadores todos—y que nos oigan también las huestes de la reacción—que nosotros asumimos la responsabilidad del movimiento y de la insurrección victoriosa de Asturias”.

Tales palabras y actitudes mostraron a la clase obrera y al pueblo de España que en la palestra de la lucha política había aparecido un nuevo guía, un guía responsable, que sabía no sólo lanzar las masas al combate sino también afrontar con audacia y firmeza las consecuencias—favorables o desfavorables—de la lucha. Este guía era el Partido Comunista, dirigido por José Díaz.

Una vez más, los hechos demostraron que Díaz no se había equivocado. Después de aquel histórico mitin, las luchas obreras y populares se sucedieron sin descanso. En medio del terror que siguió a la insurrección de octubre, las calles de España se vieron llenas de pasquines, manifiestos y periódicos clandestinos

del Partido Comunista. Su órgano “Bandera Roja” alcanzó en poco tiempo un tiraje de 30.000 ejemplares, a pesar de la ilegalidad. El pueblo vió en los comunistas a sus líderes en los momentos más difíciles de la lucha contra la reacción. Por éso, el Partido Comunista creció y se desarrolló, no obstante la severa persecución de que era objeto.

A LA CABEZA DE LA CLASE OBRERA Y DEL PUEBLO EN TODOS LOS CAMPOS DE ACTIVIDAD

Otra razón por la cual el Partido Comunista de España pudo crecer y desarrollarse con ritmo tan vertiginoso, es el hecho de que, en todo momento, se preocupó de una manera efectiva por las necesidades y por las aspiraciones de todas las capas de la población española, convirtiéndose por esa vía en un verdadero partido de la clase obrera, del pueblo y de la nación.

En marzo de 1937, la composición social del Partido Comunista español era como sigue: sobre 249.120 miembros, 87.660 obreros industriales, 62.250 obreros agrícolas, 76.700 campesinos, 15.485 hombres de las clases medias, 7.045 intelectuales y profesionales liberales, 19.300 mujeres. (Dentro de esta cifra no figuraban los 45.000 afiliados del Partido Socialista Unificado de Cataluña.) ¿Cómo fué posible que el Partido Comunista de España reuniese en su seno a un número tan considerable de ciudadanos pertenecientes no solo a la clase obrera, sino a todos los sectores progresistas de la sociedad?

Eso fué posible porque el Partido Comunista se destacaba en todas las esferas de la vida social, económica y política de España como el intérprete más

fiel y consecuente de los intereses de toda la población laboriosa, como su organizador y conductor en la lucha por la satisfacción de sus reivindicaciones, grandes y pequeñas.

El Partido Comunista no se limitaba a exponer las mejores soluciones de los problemas sociales, sino que, en todos los casos, acompañaba sus proposiciones con la acción de sus militantes y organizaciones para ayudar a la clase obrera y al pueblo a llevarlas a la práctica. José Díaz se preocupaba de modo constante por orientar y estimular a los comunistas, donde quiera estuviesen, a cumplir sus deberes de manera a servir de ejemplo para los demás.

A los comunistas que durante la guerra trabajaban en la industria, Díaz les aconsejaba así: "Es necesario que persuadan a las masas obreras de la necesidad de crear un ejército de la producción, fuerte y disciplinado; que se desvelen por encontrar fórmulas para aumentar la producción, para crear brigadas de choque con el fin de aumentar el rendimiento del trabajo".

"Es preciso que los comunistas sean los iniciadores y colaboradores más entusiastas en la creación de una gran industria de guerra".

A los comunistas que trabajaban en el campo, les decía: "La preocupación primordial de los comunistas en este momento debe ser la de ayudar a los campesinos a diversificar e intensificar los cultivos, aumentando la producción agrícola para hacer frente a las necesidades de la guerra".

A los activistas del Partido en el seno de las organizaciones sindicales, les recomendaba "que eduquen a la masa sindical para sacar de ella los mejores cuadros para la producción; que luchen por establecer una verdadera democracia sindical, que permita a los

mejores elementos de la clase obrera, sin distinción de partido y de ideología, ocupar puestos de dirección".

Al mismo tiempo, exhortaba a los Comunistas a "estrechar cada día más los lazos con todas las fuerzas de la intelectualidad y demostrar prácticamente que el pueblo ama y estima la ciencia, el arte y la literatura, mientras el fascismo es sinónimo de atraso, de barbarie, de destrucción de los valores intelectuales, de negación de la cultura".

Una preocupación constante demostró Díaz por que los afiliados del Partido dieran una atención especial al trabajo entre las mujeres y los jóvenes. No perdía ocasión para estimular a las mujeres comunistas y a todas las mujeres anti-fascistas en su múltiple y meritoria labor de organizar la retaguardia en ayuda del frente y de dar ejemplo de abnegación y de sacrificio en todos los puestos de trabajo y de lucha que ocupaban, de acuerdo con las necesidades de la guerra. No se cansaba de estimular a los dirigentes y afiliados de la gloriosa Juventud Socialista Unificada por sus magníficos éxitos en la tarea de unir en una sola organización a toda la juventud española y en su persistente labor de preparar jóvenes soldados para el frente, de preparar nuevos cuadros para la producción y de educar a la juventud española en su espíritu de sacrificio y de heroísmo.

LOS COMUNISTAS, EJEMPLO DE HEROISMO Y DE COMBATIVIDAD

Una atención particular dedicó José Díaz al papel que correspondía a los comunistas en los frentes de batalla. Teniendo en cuenta la afirmación de Stalin de que los comunistas deben ser "hombres de un temple especial", Díaz dió a los comunistas consignas de

hierro relacionadas con sus deberes en la defensa armada de la Patria:

“Los comunistas deben ser los combatientes más disciplinados, los más heroicos, los que no retroceden nunca; deben ser los que estimulen y organicen la acción ofensiva; al mismo tiempo deben ser los más vigilantes para impedir que las provocaciones y el espionaje enemigo se introduzcan en el Ejército.

“Los comunistas deben ser buenos militares, partiendo del principio de que la guerra es una ciencia y un arte. Para vencer, hay que aprender bien la técnica, la estrategia y la táctica militar.

“Cuando se dice a nuestra gente en lucha: “esa loma hay que tomarla”, éso debe hacerse. ¡Hay que hacerlo! Y en primer lugar, los comunistas, porque desde el momento que somos comunistas, la vida no nos pertenece, está a disposición de los obreros, de la guerra y de la revolución. Por lo tanto, hay que hacer lo que diga el mando, aunque allí se deje la vida. Solo así se es digno del nombre de comunistas.

“Si se ve que un mando es flojo, no hay que dejarse amilanar por éso. Cuando eso ocurra que salga el único comunista que puede haber en su Columna, en su Regimiento o en su Compañía, y se ponga a ayudar al mando y a reemplazarlo si hace falta”.

“Los comunistas se pondrán a la cabeza de los combatientes en los instantes de mayor peligro. Porque si así no lo hicieren, no tendrían cabida en nuestro Partido”.

Esta es la educación que José Díaz, Dolores Ibarri y su Partido, dieron a los comunistas, a la clase obrera y al pueblo de España: educación inspirada en un espíritu de abnegación sin límites y de audacia heroica en la lucha por la defensa de la integridad e

independencia de la Patria contra la agresión fascista.

No sólo los dirigentes del Partido que tenían cargos en el Ejército —Jefes militares o Comisarios políticos— sino todos y cada uno de los miembros de la dirección del partido alternaban su actividad política general con su actividad en el frente. José Díaz y Pasionaria, Uribe y Hernández, Checa y Carrillo, se trasladaron periódicamente al frente, departen con los mandos y con los soldados, conversan, animan, ayudan y organizan. Allí donde hay una situación difícil, en el frente o en la retaguardia, aparece José Díaz, escucha, discute, propone y **resuelve**. Sus proposiciones son casi siempre aceptadas por todos, por que son acertadas. Luego vendrá el saboteo de los enemigos del pueblo para impedir su realización, pero también contra este enemigo luchará Pepe Díaz, y lo hará con éxito.

Ir al frente, pero, no descuidar la retaguardia. Tal es la consigna de Díaz. En la guerra moderna el frente y la retaguardia forman una sola cosa. Sin una sólida retaguardia no hay frente que pueda resistir. Por éso la preocupación de Díaz es la de conseguir que la retaguardia se **discipline**, que vibre al unísono con el frente, que demuestre el mismo espíritu de sacrificio de los que están en trincheras. **Trabajo, orden disciplina** en la retaguardia, para mejor servir al frente. Tal es la consigna de José Díaz y del Partido Comunista.

Por éso, todos los revolucionarios de verdad, todos los demócratas sinceros, veían en el Partido Comunista la mejor garantía para consolidar y desarrollar la unidad nacional y para crear las condiciones de la victoria sobre la agresión fascista.

De cómo el Partido Comunista predicaba con el

ejemplo, da fé el hecho siguiente: de los 249.120 afiliados que tenía el Partido en marzo de 1937, no menos de 131.600, es decir, más de la mitad, se encontraban luchando en la primera línea de fuego sin contar los millares de comunistas que durante todo el año anterior habían rendido sus vidas a la causa de la Patria. Ningún otro partido, ninguna otra organización podía exhibir un porcentaje que siquiera se aproximase al indicado. Aquello era el fruto de una educación inspirada en el principio de que, para vencer, es preciso tener voluntad de luchar. En ello reside, en gran parte, el secreto de la admirable resistencia del pueblo español durante casi tres años de lucha armada contra los agresores fascistas.

Gracias a su actividad ejemplar en todos los frentes y en todos los terrenos, gracias a su política consecuente de unidad obrera, popular y nacional, el Partido Comunista de España creció hasta transformarse en la fuerza política más importante del país. De su arraigo en la clase obrera y en la masa campesina, de su autoridad en los círculos de la intelectualidad, de su prestigio en el frente y en la retaguardia, del cariño y el respeto que había por él en todas partes, habla el hecho siguiente: ya no se le llamaba el Partido Comunista sino simplemente "el Partido". Y todos, afiliados y no afiliados, estaban pendientes de la palabra del Partido para disponerse a transformarla en acción.

LIDERES DEL PARTIDO Y DE TODO EL PUEBLO

El Partido Comunista de España creció también porque realizó una política sistemática tendiente a educar a nuevos cuadros, y a combinar armónicamente

la actividad de los afiliados nuevos con la de los viejos. Creció porque supo utilizar eficazmente el arma de la crítica y autocrítica. Creció porque nunca ocultó sus dificultades a la clase obrera y al pueblo y solicitó su ayuda para resolverlas. Creció, además, porque al mismo tiempo de abrir sus puertas de par en par a decenas de millares de obreros, y campesinos, a intelectuales y hombres de la clase media, a las mujeres y a los jóvenes que se adherían a él convencidos de la justeza de su política, no descuidó en ningún momento la necesidad de observar una estricta vigilancia revolucionaria sobre la fidelidad y moralidad personal de los nuevos afiliados. En marzo de 1937, después de haber saludado la avalancha de afiliados nuevos recién venidos al Partido, José Díaz se refirió a este problema recomendando vigilancia, "pues, entre esa enorme masa de nuevos afiliados el enemigo habrá hecho lo posible para deslizar a alguno de sus agentes: es preciso establecer la vigilancia más eficaz en la labor de hacer una contrastación metódica de nuestros afiliados, y si de esta contrastación resulta que alguno tiene puntos oscuros en su pasado o en su actividad presente, hay que pedirle que los esclarezca rápidamente, y si no lo hace en forma satisfactoria, debe quedar inmediatamente fuera de las filas de nuestro Partido. Nuestro Partido debe ser un ejemplo de honestidad y de moralidad proletaria".

Gracias a su permanente cuidado por mantener limpias las filas del Partido, por cultivar en su seno una férrea disciplina y una recia moral proletaria y por estimular el desarrollo de todos aquellos militantes que se destacaban en la práctica como auténticos líderes de su clase y del pueblo, el Partido Comunista de España, el Partido de José Díaz y de Dolores Ibarruri (Pasionaria), pudo llegar a forjar tan brillan-

tes figuras de dirigentes del Partido, del proletariado y del pueblo como Uribe, Checa, Hernández, Mije, Antón, Modesto, Lister, S. Carrillo, Diéguez, Girón y tantos otros de grandes méritos. De éstos, unos están vivos y listos a reaparecer en el escenario de España, frente a su pueblo, en el momento oportuno; otros han caído en el frente o han sido asesinados por las hordas franquistas, pero, su ejemplo de capacidad, abnegación y heroísmo vive y vivirá eternamente en el seno de la clase obrera y del pueblo español. Cada uno de ellos actuó como una cabeza dirigente y, al mismo tiempo de haberse prestigiado particularmente en un determinado sector del pueblo, fué un líder del pueblo español en su conjunto.

Pasionaria es la encarnación del espíritu de rebelión de la mujer española, pero, al mismo tiempo, es un símbolo viviente de la pasión patriótica y revolucionaria de todo el pueblo español. Nadie la caracterizó mejor que el propio José Díaz:

“Pasionaria, nuestra gran Pasionaria, que no es solamente una de las camaradas más queridas de nuestro Partido, su mejor figura tribunicia, sino una de las personalidades más acusadas de la España actual, la que concentra el fervor entusiasta de todo el pueblo español, el símbolo de la España popular que lucha para salvarse de la esclavitud fascista,... es todo sacrificio, toda modestia, toda fuerza revolucionaria, algo tan unido al proletariado, al pueblo todo, que ya Pasionaria es casi algo legendario y, cuando va a una Provincia, a un local, a una casa de familia —yo lo he visto, y vosotros lo habréis visto también— la tocan para comprobar si es de carne o es de... una materia especial”.

Y hablando de los otros líderes del Partido, decía Pepe Díaz:

“Uribe, obrero metalúrgico, Ministro de agricultura, marxista-leninista y por eso, a pesar de ser obrero, conoce a fondo los problemas de la agricultura...”.

“Checa, el hombre de nuestro Partido, el trabajador silencioso, vigilante y activo, organizador tanto en el frente como en la retaguardia...”.

“Hernández, Ministro de Instrucción Pública, obrero pintor. Demostración práctica de que los comunistas son los mejores defensores de la ciencia, del arte y de la literatura...”.

“Mije, obrero panadero, dirigente sindical, Subcomisario General de Guerra...”:

“Antón, Diéguez, Girón, almas de la heroica resistencia de Madrid...”.

“Carrillo, la encarnación del heroísmo y la combatividad de la juventud española”.

“Modesto y Lister, grandes Jefes militares formados en la guerra de liberación nacional, símbolos del Ejército popular español...”.

Y así, sucesivamente, José Díaz se complacía en recordar, desde la tribuna y desde la prensa, a los nuevos y viejos cuadros del Partido, poniendo de relieve sus cualidades —no para desmerecer las de los dirigentes de otros partidos políticos o de jefes militares profesionales, muchos de los cuales se portaron de un modo ejemplar durante la guerra, ya que patriotas meritorios surgieron del seno de todos los sectores sociales— sino para decir a todos: estos valores los ha producido mi partido, y como mi partido es el partido de la clase obrera y del pueblo, todos ellos, todos nosotros, estamos al servicio de nuestro pueblo y de nuestra Nación, hoy y mañana, cualesquiera sean las circunstancias por que atraviese.

JOSE DIAZ, EXPRESION DEL HEROISMO Y DE LA ENERGIA COMBATIVA DE SU PUEBLO

¿Y qué decir del propio José Díaz, como hombre, como combatiente de la clase obrera y del pueblo?

Sólo faltaría agregar a lo que ya dijimos de Díaz como combatiente de la clase obrera y del pueblo? ta, que poseía una fuerza de voluntad sobrehumana para vencer el dolor físico que lo asediaba sin tregua, para prolongar su vida y poder así continuar la lucha en beneficio de su clase, de su pueblo y de su Nación.

Sólo un extraordinario esfuerzo de su indomable voluntad mantenía en pie de lucha a su organismo, minado por la cruel enfermedad que acaba de llevarlo a la tumba, prematuramente. El trabajo agotador que Díaz realizaba durante el transcurso de la guerra de independencia nacional, comprometió seriamente su vida en varias ocasiones. El temple con que Díaz soportaba la dolencia está fielmente reflejado en las siguientes palabras que pronunció en la reunión del Comité Central de su Partido el 16 de noviembre del año 1937, con motivo de su reincorporación a la actividad, después de una segunda y delicada operación quirúrgica:

“Podéis suponer lo que para mi ha representado el estar más de cinco meses alejado del contacto vivo con nuestro Partido, con nuestros combatientes, con nuestro pueblo; después de todo esto, una cosa me alegra, y es que he podido recobrar la salud, de lo cual tenía unos deseos enormes, para dar mucho más, todo lo que sea posible, a nuestro Partido y a la causa anti-fascista; para contribuir a que, cuanto antes, ganemos la guerra. Mi vida está a disposición del Partido y del heroico pueblo español”.

Tal era la pasta de que estaba hecho José Díaz. Era algo así como la expresión concentrada de la fé, del heroísmo, de la energía combativa del pueblo español. Con tal Jefe, y con tales dirigentes, es cómo el Partido Comunista de España pudo cubrirse de gloria al frente de su pueblo en la lucha por la libertad y la independencia de su Patria.

XVI

LA GUERRA NO HA TERMINADO: EL PUEBLO ESPAÑOL LA GANARA

A pesar del derroche de heroísmo y de la capacidad de organización de que dió muestras el pueblo español, los verdugos franquistas y las hordas nazi-fascistas —ayudados por la traición casadista— terminaron por doblegar su resistencia y.... **pasaron**. Pero, pasaron a través de la destrucción y de la muerte, maldecidos y odiados por todo el pueblo español. Hoy solamente el terror bestial de los franquistas y la amenaza de ocupación total del país por parte de Hitler —el amo de Franco— retiene todavía a mucha gente que hasta ayer acompañaba a Franco creyendo —¡trágica equivocación!— que efectivamente iba a “salvar a España” de no se sabe qué peligros. Pero, pese a todo, en presencia del carácter cada día más abierto y descarado de la intervención hitlerista en la vida económica y política de España, al ver que Hitler considera y trata a España como una parte de su “espacio vital”, los patriotas españoles van perdiendo el miedo al terror y se van reagrupando con el fin de aprovechar las condiciones crecientemente favorables que se presentan —en el orden nacional e internacional— para ajustar las cuentas a los verdugos franquistas y

para arrojar del suelo patrio a los invasores nazi-fascistas.

El pueblo español está viviendo actualmente uno de los momentos más trágicos y dolorosos de su existencia. Una dictadura feroz lo sojuzga, lo explota y lo esclaviza. Suda lágrimas de sangre para alimentar a un régimen que odia, a un régimen que ha sembrado por doquier el dolor, la desolación y el luto. El pueblo español tiene que sufrir la afrenta bochornosa de ver salir de su país cuerpos "voluntarios" para ir a combatir a la Unión Soviética, a ese gran pueblo hermano, que fué y es su fiel amigo —porque es amigo de todos los pueblos del mundo— y que, durante la guerra por la libertad y la independencia de su Patria, venció toda suerte de dificultades para prestarle una solidaridad plena, mezclando la sangre de sus hijos con la suya, para ayudarle a organizar su defensa contra la alevosa agresión fascista.

Pero, el pueblo español sufre y lucha. Ese pueblo heroico que ha sido educado en el ejemplo del Partido de José Díaz y de Pasionaria; que sabe que su fuerza reside en su unidad, en la unidad nacional de todos los patriotas; va acumulando fuerzas para poder sacudir, en el momento oportuno, el yugo del opresor nacional y del esclavizador extranjero.

Hoy, como ayer, el Partido Comunista sigue dando el ejemplo. Sus mejores militantes y dirigentes trabajan dentro y fuera del país, según las necesidades de la lucha, con el fin de organizar la resistencia de su pueblo a la explotación inicua de que es víctima, y crear las condiciones para rescatar la República de la dictadura sangrienta de Franco. Muchos jefes que quedaron adentro después de la derrota, han caído frente al pelotón de ejecución de las hordas franquistas. Han caído Girón, Bolívar, Cazorla, Valenzuela,

Sánchez, Daniel Ortega, Lara y muchos otros. Han caído, después de haber sido torturados bárbaramente, Diéguez y muchos otros que entraron al país después de la derrota para dirigir la actividad del Partido y del pueblo español en su lucha por la libertad y la independencia de su Patria. Pero, a pesar de todo, el Partido Comunista vive y trabaja, extiende su organización en todo el país. Hoy como ayer, es el alma de la unidad obrera y popular, de la Unidad Nacional. Partiendo del principio de que en esta guerra, cada país tiene su propia batalla que ganar, los comunistas españoles están disponiendo las fuerzas para que España gane su batalla y la ganará.

La ganará porque la batalla contra el fascismo será ganada internacionalmente. La España popular, que fué primera en organizar la lucha armada para detener el avance de los agresores fascistas, y que fué batida por insuficiente ayuda internacional, se levantará nuevamente contra el mismo enemigo. Pero, cuando esto suceda, contará con toda la ayuda internacional necesaria para abatirlo y aniquilarlo, pues, los pueblos se están desembarazando de los "apaciguadores" y de su política de capitulación ante el fascismo.

La ganará porque el frente unido de los pueblos que luchan para liberar a la humanidad de la barbarie fascista, es cada día más amplio y sólido. Pese al terror salvaje de que son víctimas, los pueblos sojuzgados por el Eje fascista se agitan, se organizan y luchan subterráneamente. Están acumulando fuerzas para destruir el régimen de esclavitud en que han sido sumidos por los "Quislings" y los "Lavales", vendepatrias repugnantes, lacayos al servicio de las potencias imperialistas esclavizadores de pueblos.

La ganará porque al frente de la lucha de los pue-

blos civilizados contra los bárbaros fascistas, están las tres más grandes potencias del mundo: la U. R. S. S., Inglaterra y los Estados Unidos.

La ganará porque, en el centro y a la cabeza de todos los pueblos, de todas las fuerzas que luchan con las armas en la mano contra la bestia fascista, se yergue el heroico Ejército Rojo y el glorioso pueblo soviético que han destrozado con fuertes golpes el mito de la "invencibilidad" de los agresores hitlerianos y se preparan a asestarles el golpe final.

La ganará, sobre todo, porque a la cabeza de la lucha de los pueblos contra la barbarie fascista está el gran Stalin, amigo fiel de todos los pueblos, quien, con su ejemplo de perseverancia en la lucha, infunde a todos ellos el coraje y la voluntad de luchar y de vencer.

La batalla contra el fascismo será ganada tanto más rápidamente si nosotros, comunistas y anti-fascistas de América, inspirándonos en el glorioso ejemplo de José Díaz, luchamos tenazmente a fin de conseguir que todo el continente americano se una estrechamente y lance, cuanto antes, todo su peso en la balanza de la guerra a favor de los que luchan por la democracia y la libertad. Para conseguirlo, nos esforzaremos por unir a todos los patriotas de nuestro país, por realizar la Unión Nacional, con el fin de dar la batalla a nuestra Quinta Columna y aniquilarla, con el fin de obtener que nuestro país participe activamente en el frente único de los pueblos (Naciones Unidas).

Para poder juzgar con acierto cual será el desenlace de la gigantesca lucha armada a que asistimos actualmente, no hay que pararse en lo episódico, en lo accidental —como hacen algunos políticos miopes— sino en lo esencial, en lo permanente. Lo episódico son

las batallas que han ganado los ejércitos de las potencias del Eje por sorpresa y con alevosía; lo esencial, lo permanente, es la gran batalla que están organizando las naciones unidas, con la Unión Soviética a su frente, las cuales se disponen a lanzar a la lucha todo su creciente poderío militar y ganarán al Eje la batalla decisiva. Ganarán esa batalla porque la causa por la cual luchan, es justa; y porque —ésto también es esencial— disponen de reservas humanas y materiales superiores a los del enemigo.

LOS RESTOS DE JOSE DIAZ DESCANSARAN PRONTO EN LA ESPAÑA LIBERADA

En el día de la victoria, el proletariado y el pueblo español no tendrán a su hijo predilecto, a su Jefe querido: José Díaz. Pero, tendrán a su lado a sus fieles discípulos. Tendrán a su lado a su más fiel compañera de lucha: Dolores Ibarruri (Pasionaria). Cumpliendo la última voluntad de José Díaz, todos ellos "piensan en España". Piensan y luchan para rescatar a España de manos de sus verdugos. Piensan, luchan y trabajan, desde adentro y desde afuera, para unir al pueblo español y para llevarlo al combate y al triunfo. Mientras tanto, los discípulos de José Díaz, allí donde se encuentran, ayudan por todos los medios a los pueblos que luchan contra la barbarie fascista. Proceden así porque Díaz los ha educado en el espíritu del internacionalismo proletario, y porque saben que con éso acercan el día de la liberación de su propio pueblo.

Díaz murió en tierra soviética, tierra que él tanto amaba, con su pensamiento puesto en su querida España. Murió en Georgia, en la tierra que vio nacer al gran Stalin, envuelto en el cariño de sus discípulos

y de sus maestros, en el cariño de todo el pueblo soviético. Murió sin poder ver el triunfo de la causa por la cual rindió su vida. Pero, murió con la convicción absoluta de que esa causa triunfará.

Después del triunfo, es seguro que el pueblo español llevará las cenizas de José Díaz —amorosamente guardadas en la URSS— a colocarlas bien alto, en el corazón de España, en ese Madrid que él tanto quería, para que sus hermanos andaluces y toda España tengan siempre presente a su hijo predilecto, a su Jefe, a su gran líder nacional.

I N D I C E

JOSE DIAZ, EJEMPLO DE DIRIGENTE OBRERO Y POPULAR DE LA EPOCA STALINIANA	7
I. DIAZ, DIRIGENTE PROLETARIO Y POPULAR DE NUEVO TIPO	10
Las luchas del Pueblo Español por la República democrática	12
II. EL TEMPLE STALINISTA DE JOSE DIAZ	16
III. CONTRA LAS "TEORIAS" Y LOS METODOS DESORGANIZADORES DEL ANARQUISMO	18
IV. LA LINEA DEL PARTIDO CONVERTIDA EN LA LINEA DE TODO EL PUEBLO	22
V. DEFINICION ACERTADA DEL CARACTER DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA	24
VI. DEFENSOR CONSECUENTE DE LA UNIDAD DEL PUEBLO ESPAÑOL	28
Propósitos de la Política de Unión Nacional	30
VII. LA AGRESION AL PUEBLO ESPAÑOL, PARTE INTEGRANTE DE LA POLITICA DEL IMPERIALISMO FASCISTA	32
VIII. LA LUCHA POR LA CREACION DEL EJERCITO REGULAR DE LA REPUBLICA	35
El Quinto Regimiento, germen del Ejército Popular	38
IX. ORDEN Y DISCIPLINA PARA ASEGURAR LA DEFENSA DE LA PATRIA	40
La Lucha por la Creación de una Industria de Guerra	42

X.	EN DEFENSA DE TODOS LOS SECTORES SOCIALES FIELES A LA REPUBLICA.....	43
	En Defensa de la Libertad de Cultos	46
XI.	DEFENSOR CONSECUENTE DE LA DEMOCRACIA	47
XII.	LA LUCHA POR MEDIDAS PREVENTIVAS PARA EVITAR EL ALZAMIENTO MILITAR FASCISTA	49
	Denuncia del Carácter Internacional de la Quinta Columna	51
XIII.	LA AYUDA DE LA UNION SOVIETICA AL PUEBLO ESPAÑOL	53
	Las Brigadas Internacionales, Noble ejemplo de Solidaridad Internacional	55
XIV.	LOS CAPITULADORES MUNICHISTAS, RESPONSABLES DE LA DERROTA DEL PUEBLO ESPAÑOL Y DE LOS AVANCES DEL FASCISMO	58
XV.	JOSE DIAZ, FORJADOR DEL PARTIDO PROLETARIO DE TEMPLE STALINISTA	60
	Cómo y por qué Creció el Partido de José Díaz y Dolores Ibarruri (Pasionaria)	63
	Sensibilidad Política y Fe en la Clase Obrera y en el Pueblo	65
	A la cabeza de la Clase Obrera y del Pueblo en todos los campos de la actividad	69
	Los Comunistas, ejemplo de Heroísmo y de Combatividad	71
	Líderes del Partido y de todo el Pueblo	74
	José Díaz, Expresión del heroísmo y de la energía combativa de su pueblo	78
XVI.	LA GUERRA NO HA TERMINADO: EL PUEBLO ESPAÑOL LA GANARA	79
	Los restos de José Díaz Descansarán pronto en la España Liberada	83
	INDICE	85

Primera Impresión, Mayo 1942
7.000 ejemplares

Segunda Impresión, Junio 1942
7.000 ejemplares

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

UNIDOS PARA APLASTAR AL MONSTRUO FASCISTA

(Frente Democrático para salvar la libertad y la independencia de la Patria)

Editorial Problemas, 1941.

EL DEBER DE LOS HOMBRES CIVILIZADOS ANTE EL MOMENTO ACTUAL

(Artículo escrito con motivo del 7 de noviembre)

Editorial Problemas, 1941

¡LISTOS PARA DEFENDER LA PATRIA!

(Inferno rendido ante el Xº Congreso del Partido Comunista)

Edición del Comité Central del Partido Comunista,
Noviembre 1941.

LOS COMUNISTAS, LOS CATOLICOS Y LA UNION NACIONAL

(Extrato de la intervención en el Xº Congreso del Partido Comunista)

Edición del Comité Central del Partido Comunista,
Noviembre 1941.

LA LECCION QUE HAY QUE EXTRAER DE LAS RECIENTES ELECCIONES

Edición de un grupo de amigos del diario "La Hora",
Marzo de 1942.